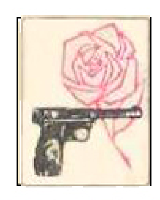


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

A rey muerto, rey puesto

Miky Grogan, el director del diario neoyorquino Morning News, está enfadadísimo. ¿Motivos? Muy razonables y comprensibles: con el fin de que asista a la coronación del rey Sandor III de Ausvania (Estado soberano e imaginario situado en Europa Central) ha enviado a este país a su mejor periodista, la señorita Brigitte Montfort; ella tiene que escribir un reportaje sobre tan importante evento en la vida política y social de ese país, y acompañarlo con fotografías del acto de la coronación… ¿Y qué hace la señorita Montfort en Ausvania? Nada. No hace nada. No envía artículos, ni fotos…, ¡nada! Ni siquiera telefonea. Así que Grogan está que se sube por las paredes, pese a que el bueno de Frank Minello trata de calmarlo y de convencerlo de que si Brigitte no da señales de vida, por algo será.



Lou Carrigan

A rey muerto, rey puesto

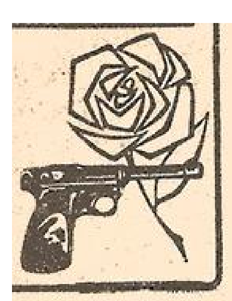
Brigitte en acción - 074

ePub r1.0
Titivillus 27.06.2017

Lou Carrigan, 1968
Diseño/Retoque de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ARCHIVO SECRETO

Brigitte

EN ACCION



Capítulo Primero

Frank Minello entró impetuosamente, de sopetón, en el despacho de Miky Grogan, el director del *Morning News*.

—¡Jefe! —gritó—. ¿A que no…?

Miky Grogan lanzó un alarido, palideció, dio un salto en su sillón, los papeles que tenía en las manos volaron por el aire, y los lentes casi saltaron sobre la mesa, quedando sostenidos en la punta de la nariz por puro milagro. Además, dio con las rodillas en la mesa, el cenicero saltó, el cigarro cayó sobre otros papeles…

Luego, de pronto, quedó sentado, como fulminado por un rayo. Y quedó con aspecto triste, deprimido, mirando lastimosamente a Minello, que se aclaró la garganta, enrojeció y procuró sonreír, consiguiendo una mueca.

—Ejem… ¿Le he asustado, quizá?

—Oh, no… —suspiró Grogan—. Estos saltos los doy siempre que alguien entra en mi despacho.

Sus últimas palabras tenían ya un tono mordaz, y sus ojos se habían endurecido.

—Bien… Esto… Vaya, jefe, lamento esto…

Grogan volvió a suspirar.

—Frank —dijo mansamente—, ¿por qué demonios has de ser el mejor periodista deportivo de Estados Unidos?

—Vaya… —Minello alzó la barbilla, se tocó la corbata y sonrió halagado—. ¿De veras piensa eso de mí, jefe?

—Sí, sí, de veras. Lo que he dicho es muy cierto… Lamentable, pero cierto.

—¿La… lamentable? Hombre, jefe, tiene usted al mejor periodista deportivo de la nación, y dice que es lamentable. ¿Qué tiene de lamentable eso?

—Pues, hijo, tiene de lamentable que si no fueses el mejor… ¡te despedía ahora mismo! —Acabó, gritando.

Minello retrocedió un paso, sobresaltado.

—Hombre… No hay para tomárselo así, caramba…

—Claro… —sonrió Grogan, como un lobo hipócrita—. No hay para tomárselo así… Frankie, hijo, ¿tú sabes que yo tomo al día muchas pastillas de diferentes colores?

—Oh, sí —sonrió Frankie—. Brigitte y yo lo hemos comentado a veces. Pastillas para dormir, para despertarse, para comer, para dejar de comer…

—Sí… Je, je… Es muy divertido, ¿verdad?

—Pues… ya que está usted en plan amistoso, le diré que sí, que Brigitte y yo hacemos bromas algunas veces con sus pastillas. ¡Ah, jefe, tendría que haberla visto el otro día, imitándole a usted…! Nos reímos todos como locos.

—¿Quiénes son «todos»?

—Pues todo el piso este, claro. ¡Zambomba, si nos reímos…! ¡Fue lo más divertido que he visto jamás! Brigitte es única hasta para estas pequeñas cosas.

—Casi me dan ganas de reír a mí —gruñó siniestramente Grogan —. ¿Tú sabes que una de esas pildoritas es para mantener tranquilos mis nervios?

—Sí, señor: la roja.

—De modo que lo sabes, ¿eh?

—Claro…

Miky Grogan pegó un tremendo puñetazo en su mesa, bruscamente rojo de ira su rostro.

—¡¿Entonces, cómo demonios te atreves a entrar así en mi despacho, sin llamar, gritando, pateando como un bisonte…?! ¡Fuera! ¡Fuera de aquí, largo!

—Sí, jefe, ya… ya me voy, caramba…

Salió del despacho, y al cabo de dos segundos se oyó una tímida llamada a la puerta, que se abrió enseguida, para permitir ver de nuevo la simpática faz del periodista deportivo.

—¿Se puede, jefe?

Miky Grogan cerró los ojos y apretó los puños.

—Pasa —masculló.

Minello entró, y dijo:

—Jefe, ¿a que no adivina de quién hemos recibido carta?

—¿De quién? —suspiró Grogan, acomodándose en el asiento.

—¡De Brigitte!

—Ah… Magnífico, magnífico… Es consolador saber que, al menos, escribe a máquina… ¡Aunque no sea para enviar los artículos sobre esa coronación!

—Ya los enviará, hombre… Bueno, la carta viene de Ausvania, claro… ¿Quiere que se la lea?

—Te lo agradecería mucho —dijo Grogan, sarcástico—. Los analfabetos siempre agradecemos estas cosas a nuestros amigos.

—Je, je… ¡Qué chiste más bueno, jefe! ¡Pero qué bueno, zambomba! ¡Es usted genial!

Miky Grogan volvió a cerrar los ojos.

—¿Qué dice la carta? —inquirió.

Minello se dejó caer en uno de los sillones, encendió un cigarrillo y se quedó mirando, sonriente, las hojas mecanografiadas. Y empezó:

> *—«Queridos míos: Espero que estéis todos bien, soportando con resignación a… a… ¡ejem!, a…».*

—¿Brigitte dice «ejem»? —Alzó las cejas Grogan.

—No, no… Eso lo digo yo. Es que… Ejem…

—¡Sigue leyendo y déjate de tonterías!

—Sí, jefe… Empezaré de nuevo…

> *«Queridos míos: espero que estéis todos bien, soportando con resignación al viejo y arrugado tirano que nos da órdenes con voz destemplada y expresión furibunda. Regaladle píldoras de mi parte».*

Minello apretó los labios fuertemente, pero la risa se le escapó por la nariz, junto con el humo, lo cual le produjo no poca molestia y un fuerte lagrimeo.

Cuando recuperó la voz y la visión, Grogan continuaba inmóvil, mirándolo hoscamente.

—¿Qué más dice nuestra simpática espía? —musitó fríamente.

> *«Pues nada, queridos, aquí estoy, en este maravilloso país de Europa Central, dedicada a mis labores periodísticas y a visitar tiendas de modas. Por cierto, el otro día, en Boldia, que es la*

tienda más hermosa y lujosa de todo el país, vi un modelito precioso. De invierno, claro, porque aquí casi nunca hace calor. Se ve nieve por las montañas durante casi todo el año, y el aire frío llega a la ciudad excepto durante ese par de meses. Pero, como os decía: ¡qué modelito tan precioso! Es de mohair azul, muy tapado, con falda rodillera y un solo pliegue, en un lado. Lleva bordada una rosa roja…, ¡y ya sabéis lo que me gustan a mí las rosas rojas! Es tapadito, pero en el centro hay un escote sensacional, en forma de triángulo, que es un encanto, que sugiere las más encantadoras formas femeninas. ¡Ay, qué modelito, queridos! Seguramente me lo compraré».

—¿Toda la carta es igual? —Gruñó Grogan.

—No, no… Habla de otras cosas. Precisamente, a partir de ahora…

«Estoy maravillosamente instalada en el hotel Carsia, que es sencillamente fabuloso, con un lujo y un confort que me recuerda al Grand Hotel de París. Grandes salones, suites *inmensas con vistas a las montañas nevadas y al lago, un comedor que es un sueño… El servicio es inmejorable, y, como el idioma de aquí es el vanio, casi idéntico al alemán, pues no tengo problemas de ninguna clase. Los vanios son todos muy amables, y están contentísimos con la próxima gran fiesta del país, esto es, la coronación de su rey, el gran Sandor III de Ausvania. Los preparativos parece que tienen ocupados a los cinco millones de habitantes que tiene este simpático aunque un poco frío país. Todo el mundo tiene cosas que hacer, preparativos que ordenar, cosas que contar… ¡Una gran semana para Ausvania, ciertamente! Una vez el rey haya sido coronado, habrá festejos, y todo el mundo será feliz y estará contento, porque, al fin, las cosas han quedado definidas, perfectamente estables, en Ausvania. Aunque espero enviar algún que otro artículo sobre el país y la coronación…».*

—¡Espera enviar algún que otro artículo! —aulló Grogan—. ¡Es capaz de haberse olvidado de que, si está en Ausvania, es precisamente porque yo la envié allá para que escriba un artículo diario, y nos envíe fotografías, y…! ¡Esta no la pasaré por alto! —

rugió—. ¡Fue allá a trabajar, a hacer un completísimo reportaje de esa coronación! ¡Y si nuestros lectores no resultan los mejores informados del mundo, la… la… la…!

—¿La… qué? —Sonrió Minello.

—¡Sigue!

—«Aunque espero enviar algún que otro artículo sobre el país y la coronación, ya os contaré muchas cosas personalmente, a mi vuelta. Todo es tan maravilloso que no basta la letra impresa para explicarlo.

»Esta misma mañana se nos ha ofrecido una rueda de Prensa, nada menos que con el rey, en el Palacio de las Monarquías. Algo fabuloso ese palacio… ¡increíblemente fabuloso! Unos jardines grandes como todo Manhattan, con hermosas flores de otoño, césped por todas partes, grandes abetos centenarios, castaños silvestres, estatuas, pérgolas y pabellones… Y en el centro, el palacio, de piedra vieja, señorial, magnífico. Data del siglo catorce, según me he informado. Sus salones son algo excepcional, jamás he visto nada parecido… La guardia real viste calzón corto y casaca roja, hermosos y gallardos con sus largas picas de hierro viejo, pero tan cuidadas y brillantes. El protocolo es más bien rígido, pero con los periodistas que hemos acudido de todo el mundo están haciendo unas muy amables concesiones, llenas de benevolencia. Aparte de la rueda de prensa, el primer chambelán del rey nos preguntó a todos si estábamos bien atendidos en Ausvania, y nos rogó perdón si algo no era de nuestro gusto, recalcando inmediatamente que cualquier petición nuestra sería atendida por él en persona, dando las órdenes oportunas para nuestra mejor estancia en su país. Pero hablemos de la rueda de prensa con el rey, Su Altísima Majestad Sandor III de Ausvania. Él es un hombre… exquisito. Jamás vi nada igual, os lo aseguro. Dicen que acaba de cumplir los cuarenta años, pero aparenta treinta y cinco, como máximo. Es hermoso, apuesto, y hay una nobleza tal en su porte, que nadie dudaría jamás de su realeza, de su personalidad. Tiene los ojos azules, el mentón muy fuerte, la frente muy despejada, tersa y curvada como la de un sabio. Es alto y fuerte. Muy serio, pero cuando le han hecho determinadas preguntas ha sonreído de un modo encantador. Es de una

amabilidad y simpatía fuera de toda explicación: hay que verlo para creerlo. Y contestó absolutamente todas las preguntas que le fueron formuladas. Nos soportó durante casi tres horas, nada menos, a los casi mil periodistas que llenábamos el gran Salón de las Conferencias, en el ala sur del Palacio de las Monarquías. Es un hombre tan maravilloso y noble que hasta yo misma estoy deseando su coronación. El Salón de las Conferencias tenía dispuesto un sistema especial de micrófonos y altavoces que permitía la conversación entre el rey y el periodista de turno como si ambos estuviesen frente a frente, y todos podíamos oír esa conversación… Creedme… la perfección absoluta.

»Luego, se nos permitió entrar, de diez en diez, a la Sala de la Corona, donde esta se halla expuesta, en una vitrina de cristal tan transparente que parece no haber nada. Y también pudimos fotografiarla todos. Ha sido, realmente, un día agotador, larguísimo, pero muy productivo desde el punto de vista periodístico. A todos cuantos hemos venido a Ausvania, nos será imposible olvidar las atenciones y facilidades que hemos encontrado en todo momento. Ahora, mientras esperamos el Gran Día de la Coronación Real, podemos hacer lo que más nos guste: esquiar, permanecer en el hotel, entrevistar a personas de la política y la economía del reino… Lo que queramos. Y siempre magníficamente atendidos en todo.

»Solo una cosa…».

La puerta del despacho de Grogan se abrió, y un hombre en mangas de camisa apareció allí, con un gran sobre color azul y otro blanco, más pequeño. Parecía dispuesto a decir algo, pero Grogan lo fulminó con una mirada furiosísima.

—¿Qué demonios quieres ahora?

—Perdone, señor Grogan, es que acaba de…

—¡Te esperas! ¿No ves que estoy ocupado? Sigue, Frank.

—«Solo una cosa me fastidia de este lugar, y es la presencia de William Esley, nuestro gordito y pelmazo colega del New York Daily. *El hombre ya se pegó a mí en el aeropuerto de Nueva York, cuando coincidimos en tomar el mismo avión, y, hasta el momento, no he conseguido apartarlo de mí. Me envía flores al*

hotel, me invita a cenar, a almorzar, a pasear a caballo… A todo lo que se le ocurre. Yo creo que está convencido de que voy a enloquecer de amor por él. Gordito, calvito, bajito, tan sonrosado a sus cincuenta años… Parece un niño mimado que se ha empeñado en hacer de mí su… amiga. Supongo que tendré que soportarlo hasta que pase el Gran Día de la Coronación, y eso casi me deprime un poco; no quisiera ser tan maleducada como para enviarlo al diablo. Es un pobre tonto que me tiene fastidiada de verdad, pero esperemos que mi paciencia no se agote.

»He alquilado un auto pequeño, cerrado, muy bonito, importado de Alemania, y con él recorro las cortas distancias de Ausvania… cuando William Esley me lo permite. No quiero ir con él».

—¡A este tío le rompo yo la cara cuando regrese a Nueva York, el muy tocino! —exclamó Minello—. ¡Vaya si se la rompo, demonios!

—Yo te ayudaré, Frankie —dijo el otro periodista.

—Y yo —dijo Grogan, sonriendo maliciosamente—. ¿Qué más sigue, Frankie?

—«Por lo demás, todo es maravilloso. Mañana, tengo pensado dar un paseo en barca por el lago, y espero poder esquivar a Esley, que asegura que no hay mejor remero en el mundo que William Esley, él mismo.

»Perdonad que no os escriba más, pero estoy realmente fatigada. Ha sido un, día muy emocionante y cansado, y quisiera dormir…

»Muchos, muchos besos a todos, y el cariño de vuestra compañera y amiga, Brigitte».

—¡Que le parto la cara a ese idiota, vamos! —Gruñó Minello.

—¿Qué más dice Brigitte? ¿Nada más?

—Nada más. ¿Le parece poco? ¡El muy gorrino…!

—¿Yo? —Enrojeció Grogan.

—No, hombre, jefe… Me refiero al feo y gordito de Esley, nuestro «querido» colega del *New York Daily*.

—Es un buen periodista… —farfulló Grogan—. Apuesto a que él

sí ha enviado algo a su periódico: artículos, fotografías… ¡Estoy seguro de que él sí ha tenido tiempo de trabajar!

—Bueno…

—En cambio… ¿qué ha hecho nuestra ágil periodista Brigitte Montfort? ¡Nada! ¡Absolutamente nada!

—Señor Grogan… —empezó el otro periodista.

—¡Tú te callas!

—Pero es que…

—¡Te callas! Ah, maldita sea mi estampa… Le voy a enviar un telegrama a Brigitte que la voy a fulminar. ¡La envío a trabajar, a enviar fotografías de todo, a informar sobre los preparativos y el acto mismo de la coronación…, y se dedica a pasear por el país en un auto alquilado, que costará una fortuna al periódico! ¡Le voy a poner un telegrama que…!

—Mmm… Señor Grogan…

—¡¿Pero qué demonios quieres tú?! ¡Dilo de una vez y lárgate a tu trabajo!

—Sí, señor —frunció el ceño el periodista, dejando sobre la mesa de Grogan los dos sobres—. Hace unos minutos he terminado de repasar el contenido de este sobre azul. Viene de Ausvania, enviado por una tal Brigitte Montfort. Contiene un magnífico resumen de la historia de Ausvania, su política actual, su economía en las diversas actividades, su folklore, su nivel y sistema de vida, y cosas así, tales como su sistema monetario, de medidas y de pesas… Habla de sus escuelas, de su pequeño Ejército, de sus gentes civiles… Está escrito de tal forma, con tal sencillez y rapidez, que es fácil conocer a Ausvania después de leerlo. También hay un buen bloque de cuartillas que contiene toda la rueda de Prensa que concedió el rey de Ausvania a los periodistas de todo el mundo; rueda de Prensa que Brigitte tomó en un magnetófono, según informa. Asimismo, hay un tercer artículo sobre su impresión personal sobre el rey, la capital de Ausvania, sus gentes y la inminencia de la coronación… Lo mejor que habremos publicado en mucho tiempo.

Minello miró torvamente a Grogan.

—¡Trágate esa píldora, gruñón! —exclamó por lo bajo.

Grogan había enrojecido, y parecía no saber adónde mirar ni qué hacer con las manos.

—Bien… ¡Bien, bien, bien…! ¿Algo más, quizá?

—Sí, señor. Esta madrugada llegaron unas fotografías, también de Ausvania, por radio…

—¡¿Y por qué no se me notificó eso?! —gritó Grogan.

—Porque una de las fotografías es una nota escrita a mano por Brigitte, que dice:

> *«No enseñar fotografías al ogro hasta que llegue también mi trabajo escrito. Besos».*

—¡Toma! —Rio Minello, feliz como un querubín.

—¡Muy bien! —rugió Grogan—. ¿Qué tal esas fotografías?

—Excelentes. Algunas parecen… tomadas de un modo especial, como… Bueno, casi clandestinamente, diría yo. Fotos muy expresivas del palacio, de sus cortesanos, de gentes del pueblo en actitudes espontáneas. También hay fotografías del lago, de albergues de montaña, de las nieves de estas, de sus flores, de las calles de la capital, de los festejos preparativos… Cada una de ellas, comentada en un pie ameno y veloz, y al mismo tiempo muy expresivo.

—¿Qué píldora le sirvo, jefe? —Volvió a reír Minello.

—¡Fuera! ¡Fuera los dos de aquí, para que yo repase todo este material tranquilamente, antes de enviarlo a máquinas!

—¿Qué telegrama le enviará ahora a Brigitte? ¿De felicitación?

—¡No! Puede que haya trabajado un poco, pero estoy seguro, segurísimo, de que se está dando la gran vida… ¡Como siempre!

Capítulo II

—Si vuelve a acercarse a mí, Esley, lo tiraré al lago. Se lo prometo.

—Oh, señorita Montfort, no es usted justa conmigo… ¡Hace frío en este lugar!

—Pues yo no tengo. Y siga remando. Para mí, es suficiente por hoy. Ya conozco el lago lo suficiente.

—¡Pero es muy pronto aún! —Casi tiritó William Esley, el gordito, calvito y bajito periodista neoyorquino.

—No para mí. Tengo que escribir hoy el artículo referente a la familia real, especialmente dedicado a Albero de Ausvania, el hermanastro del rey. No sería cortés por mi parte omitir a un personaje tan importante de este hospitalario país[1]. Por favor, Esley, no me obligue a tirarlo al agua.

—Quedamos en que me llamaría Willie, simplemente.

—Oh, sí… Pues bien, Willie: vamos a regresar ya.

William Esley parecía decepcionado, pero se dedicó a remar, si bien con poco entusiasmo, hacia la parte de la orilla del lago donde estaba el embarcadero. El lago tenía un tono azul, y había flores amarillas en la orilla. Sobre las lejanas montañas, el sol de la tarde tenía un bonito tono rosado brillante. El aire era más bien frío, pero seco. Una adecuada vestimenta y un chaquetón de piel dejaba a Brigitte Montfort convenientemente abrigada. Delante de ella, en la barca, el gordito y calvito William Esley parecía una morsa envuelta en piel de oso, diminutos sus astutos ojillos negros.

Un suave aire frío llegaba de las montañas. Tan suave, que el agua apenas se movía. Parecía un gran cristal azul, rosado, donde las montañas nevadas se reflejaban. Un maravilloso lugar, bucólico, típico de alta montaña, muy parecido a Suiza. Casi idéntico, en realidad.

Esley buscaba más conversación, siempre dándole un tono malicioso, de conquistador que no se da por vencido, haciendo

cómicos esfuerzos por aparecer atractivo, dominante, mundano y experto en el trato con hermosas mujeres.

Pero cuando llegaron al bonito embarcadero, Brigitte ni siquiera sabía de qué le había estado hablando. Aceptó su mano para salir de la barca, pero la retiró cuando Esley quiso retenerla, para caminar así cogidos hasta el auto que Brigitte había alquilado.

—¿Quiere que conduzca yo? —se ofreció, como si fuese un gran campeón de pruebas automovilísticas.

—No, señor —cortó Brigitte—. Usted irá en el asiento de atrás.

—Oh, vamos, Brigitte, cualquiera pensaría que yo soy un… un… una especie de muchacho descarado.

—Es usted descarado, pero nada de muchacho. Suba.

—¿Junto a usted? Brigitte se echó a reír.

—Está bien —accedió.

Subieron al coche, Brigitte al volante, suspirando aliviada. Dentro de veinte minutos podría separarse de William Esley, estaría sola en su *suite*… ¡y pediría la cena allí! Aunque fuese huyendo o escondiéndose, no volvería a soportar a William Esley. Decidido.

Llegaron a la ciudad, poco después al hotel, y Esley se apresuró a saltar del coche, lo rodeó por delante, abrió la portezuela y tendió su mano.

—Hemos llegado —dijo.

—Lo sé. Yo he frenado el coche, Esley.

—Willie… —suplicó él—. Solamente Willie… ¿Cenaremos juntos, naturalmente?

—Mmm… Naturalmente —sonrió Brigitte—. No podría hacerlo sin su compañía, Willie.

—¡Magnífico! Subiré a recogerla a las…

—No, no… Espéreme en el comedor. ¿De acuerdo?

—¿No quiere tomar algo en el bar, en mi compañía?

—En otra ocasión.

Dejó plantado a William Esley en el vestíbulo, y fue a pedir la llave de su *suite* a conserjería. Cuando ya se disponía a alejarse, se volvió hacia el conserje, como quien recuerda algo.

—Ah… Mañana no estaré en el hotel. Me iré temprano, a Suiza, y pasaré allí el día, para entrevistar a los vecinos de Ausvania respecto a la coronación que… ¿Ocurre algo?

—Bien… —musitó el hombre—. Temo que no podrá ir mañana a

Suiza, señorita Montfort.

—¿No? ¿Por qué? ¿Algún alud de nieve, o…?

—No, no… Las carreteras están bien, y el ferrocarril… Y los vuelos. Todo está bien. Es solo que se han cerrado las fronteras.

Brigitte se quedó mirándolo incrédulamente.

—¿Cómo dice? —Se mostró estupefacta.

—Nadie podrá abandonar el país hasta nueva orden. Cerradas las fronteras, impedidas las salidas de trenes y aviones… El país está cerrado, señorita Montfort.

—Pero… No comprendo. Esto es inaudito… ¿Por qué?

—Lo ignoro. Es desagradable, ¿verdad?

La espía internacional destinada aquella vez en misión de inocente periodismo en Ausvania, frunció hoscamente el ceño.

—Del todo inaudito. ¿A quién tendría que ver para conseguir que me autorizasen a…?

El conserje movía negativamente la cabeza.

—Imposible. Imposible de todo punto. Nadie saldrá de Ausvania hasta nueva orden.

—¡Pero ¿por qué?! —insistió Brigitte.

—Lamento no poder informarla. Nadie parece saberlo…

—Espero… que se den cuenta de las… complicaciones diplomáticas que esto puede acarrear a Ausvania.

—Es de temer. Y muy lamentable. Pero yo solo soy un simple ciudadano, señorita. No es cosa mía, compréndalo.

—Sí… Claro… Bien, muchas gracias por su información. ¿Se encargará de que me sirvan la cena en mi *suite*, por favor?

—Con mucho gusto.

—Y póngame una conferencia con Nueva York, con el…

—Lo lamento. No está permitido. Solo se pueden cursar llamadas nacionales. Créame que lo siento de veras.

Brigitte parpadeó. ¿Qué estaba ocurriendo allí, en Ausvania? ¿Qué significaba aquello de cerrar las fronteras, de impedir vuelos y viajes de ferrocarril, de prohibir llamadas internacionales…? Seguro que también sucedería lo mismo con el telégrafo, con el correo, con cualquier medio de comunicación con el exterior del país. ¿Qué había ocurrido…? Fuese lo que fuese, no sería ella, una espía de su categoría, la que daría escándalos de protesta o cosas parecidas. Estaba demasiado acostumbrada a cosas de aquel cariz para

violentarse o irritarse tan siquiera. Lo único que podía hacer era aceptarlo todo… y estar con los ojos bien abiertos. Si algo sucedía en Ausvania, ella, la agente Baby, estaba obligada a dejar a un lado a la periodista Brigitte Montfort, y… actuar a su modo, enterarse de todo.

—Está bien. No olvide lo de mi cena.

—Por supuesto que no.

Brigitte miró hacia el bar, donde William Esley estaba explicando algo, muy sonriente, a un periodista británico. Seguramente, el muy estúpido estaría jactándose de cosas que no habían sucedido.

Subió a su *suite*, entró y cerró. Se dirigió al dormitorio, pensativa. Abrió el armario y colgó el chaquetón. Desde luego, se cambiaría de ropa; no iba a estar en el hotel con pantalones de gruesa lana, jersey de cuello alto, botas… Afortunadamente, la calefacción era muy buena, y podría vestir normalmente.

Sacó del armario uno de sus vestidos, se volvió y lo tiró sobre la cama… Justo entonces vio el objeto que había sobre la cabecera de esta. Un objeto rectangular, casi la mitad de un paquete de cigarrillos, pero metálico… Brigitte necesitaba mucho menos de un segundo para saber lo que era aquello: una radio de bolsillo.

A menos que fuese una bomba, por ejemplo, camuflada bajo el disfraz de un aparato radioemisor de bolsillo. Se quedó mirándolo con desconfianza, fruncido el ceño, tras acercarse hasta que podía haber oído perfectamente cualquier ruido de mecanismos dentro del pequeño aparato… en el supuesto de que hubiesen existido tales mecanismos. Pero no era así. Tomó la radio, y vio entonces el papel que había debajo, muy doblado. Era un anuncio de la representación, en la Opera Real de Ausvania, de *Marion ou la belle du Tricorne*, del suizo Pierre Wissmer. Precisamente, la representación se anunciaba para aquella misma noche, y corría a cargo de las mejores intérpretes europeas del momento.

¿Qué ocurría allí? ¿Por qué le enviaban aquel folleto? ¿Querían que ella asistiese a la Opera?

Apretó el botoncito de llamada de la pequeña radio de bolsillo, y musitó:

—¿Hola? ¿Quién quiere estar en contacto conmigo? ¿Hola?

No recibió respuesta. Apretó el botón de cierre, y probó al revés,

esto es, utilizando como llamada el que parecía de cierre, por si la conexión de los transistores estaba cambiada. Pero no. Todo estaba bien en la pequeña radio.

—¿Quién es? —insistió todavía Brigitte—. ¿Alguien tiene algo que decirme? ¿Me están escuchando?

Sin respuesta. De su estuche de belleza sacó una de las pequeñas limas de uñas, de punta recta, y la utilizó como destornillador, de modo que en menos de dos minutos tuvo abierto el aparato. No había nada de particular en él, ningún peligro. Simplemente, era una radio de bolsillo, y eso era todo. Lo cerró, probó una vez más, pero de nuevo se quedó sin respuesta.

Dejó la radio sobre la cama y se quedó mirando pensativamente el folleto de la Opera Real de Ausvania. Fue al teléfono, la atendieron en conserjería, y dijo:

—Soy Brigitte Montfort, *suite* trescientos diecinueve.

—…

—Quisiera una localidad para la función de esta noche en la Real Opera. ¿Querrían encargarse de conseguírmela?

—…

—Oh… Bien, por difícil que sea, les agradecería mucho que lo intentasen. No importa qué localidad sea. La que sea, valga lo que valga.

—…

—Muchas gracias. Por favor, avíseme si ha conseguido obtener esa localidad…

—… ¿…?

—La cena… Sí, sí, igual: en mi *suite*, por favor. Gracias. ¡Un momento! ¿A qué hora comienza la representación?

—…

—Bien. Muchas gracias.

Colgó, dejó el folleto junto a la radio de bolsillo, y se quitó la indumentaria de la tarde. Guardó el vestido que había elegido antes, y separó uno más extremado, de noche, así como los zapatos, una sola joya, ropa interior… Ya todo preparado, se bañó con agua caliente, se duchó con fría, y se puso una elegante bata de tono azul claro, dispuesta a esperar la cena.

Todavía llamó un par de veces más, por la pequeña radio, pero sin obtener respuesta. Evidentemente, quienquiera que le hubiese

dejado allí la radio estaba en apuros, o en un momento comprometido. De otro modo, era absurdo que le dejase la radio y luego no contestase. Pero, además de tan lógica deducción, había otra todavía, no menos lógica: quien le había dejado la radio sabía que Brigitte Montfort no era solamente una periodista, sino algo más. Una espía, por lo menos.

¿Sabría también que era la agente Baby?

¿Qué estaba ocurriendo, de pronto, en el maravilloso, tranquilo y feliz reino de Ausvania?

Le subieron la cena a las siete y media. A las ocho, el conserje la llamó por teléfono, y mostró una sincera pesadumbre por no haber podido conseguir la localidad para la Real Opera. No quedaba absolutamente ninguna, de ninguna clase, ni cara ni barata. Nada. Imposible.

A las ocho y media llamaron a la puerta de la *suite*, y Brigitte se quedó mirando hacia allá, dubitativa. Tal como se estaban poniendo las cosas, aquella llamada podía significar cualquier peligro…

—Soy yo, Brigitte: Willie. Por favor, abra.

En efecto. Un peligro más bien tonto y pesado.

—Tendrá que perdonarme, Willie —dijo, sin abrir—. Me siento un poco indispuesta.

—Tengo una buena noticia para usted. Abra, se lo ruego.

Era tenaz, terco como una mula. Suspirando, Brigitte abrió la puerta, y se quedó mirando asombrada al calvito, bajito y gordito William Esley. Muy gracioso con su esmoquin, pero impecable, perfecto. Mostraba una de aquellas fastidiosas sonrisas de hombre capaz de cualquier empresa.

—¿Puedo pasar? —Sonrió astutamente.

Y mostró en alto dos rectángulos de papel, de tono rojo, como si fuesen la bandera de su triunfo.

—Estoy muy cansada, Willie, de veras.

—¿Demasiado cansada para ir a la Real Opera, quizá? —dijo con aires de gladiador romano vencedor en el circo.

—Pues a la… ¿A la Real Opera?

Esley volvió a agitar los dos rectángulos de papel rojo.

—*Voilá!* —dijo, con aceptable tono francés—. Dos localidades magníficas. En realidad, ocuparíamos los dos solos un pequeño palco muy cerca del escenario. Oh, debo pedirle perdón por no

haber estado en el comedor a la hora de la cena, pero estaba ocupadísimo buscando dos localidades… Y las he conseguido.

—Bien… Ah, no estuvo en el comedor… Yo tampoco, Willie. De veras que me sentía mal, y cené aquí, muy ligeramente. ¿Cómo se le ha ocurrido que me gustaría ir a la Opera?

—La verdad es que no se me ocurrió a mí, sino a usted. Oí cuando pedía la localidad a conserjería, y salí a buscar dos por mi cuenta. Ya sé que no ha podido conseguir ninguna, por su parte. Pero, querida Brigitte, ¡aquí estoy yo!

Brigitte se quedó mirando casi amablemente al irritante y fatuo gordito. Estuvo tentada de decirle que si ella quería entrar en la Opera aquella noche, lo conseguiría de un modo u otro, pero, realmente, no valía la pena complicarse la vida.

—Es usted maravilloso, Willie. Por supuesto, le abonaré la…

—¡Por favor! —exclamó indignado Esley—. Yo tengo un gran placer en invitarla, Brigitte. Por cierto: no podemos entretenernos mucho. La representación es a las diez, pero, claro, usted tendrá que arreglarse, y ya se sabe —guiñó un ojo—: las damas requieren bastante tiempo para estas cosas.

Brigitte también podría haberle dicho que ella tenía suficiente con cinco minutos para estar completamente lista.

—Así es —mintió.

—¿No podría esperarla aquí?

—Bueno, puede hacerlo.

Brigitte había cerrado la puerta, y Esley se adelantó hacia ella.

—Willie…

Brigitte se apartó, pero él insistió en acercarse. Pero Baby sabía cómo zancadillear a una persona del modo más inocente, y William Esley se vino de bruces al suelo, manoteando, congestionándose, intentando por todos los medios sujetarse a algo… Pero no había nada, y el orondo periodista se fue de barriga al suelo, rodando graciosamente. Brigitte estuvo a punto de soltar la carcajada, pero consiguió contenerse.

—Oh. Willie, se ha caído usted…

—Ha… ha sido la alfombra…

Estaba rojo como un tomate. Se puso en pie, queriendo hacerlo de un salto ágil y elegante… como consecuencia del cual habría rodado nuevamente por el suelo si Brigitte no lo hubiera sostenido

por un brazo.

—Cuidado con la alfombra —sonrió angelicalmente la espía.

—Sí… Sí, claro —dijo él mientras la espía salía al fin.

Cuando Brigitte reapareció, tres minutos más tarde, Esley estaba sentado, con la mirada fija en aquella puerta.

—¿Se encuentra bien, Willie?

—Sí, sí… Creo que sí. Jamás… jamás me habían ocurrido… tantas cosas a la vez…

—Deje que me dé un toquecito de carmín en mis bonitos labios, y estaré lista. Y luego saldremos de aquí.

William Esley sonrió ufanamente.

Asistiría con Brigitte a la Opera. Y luego, a la vuelta, las cosas… serían de otra manera. ¡Vaya que sí!

—Muy bien, Willie: aprovechemos esas dos localidades para la Real Opera de Ausvania.

Capítulo III

Pudieron dejar el pequeño coche relativamente cerca de la Real Opera, y luego llegaron a pie, paseando tranquilamente, con tiempo, al gran vestíbulo exterior, en el que lucían las enormes arañas del más puro cristal, que se reservaban para las grandes galas.

Continuamente se detenían coches ante la Real Opera, de los cuales descendían personajes importantes del Gobierno del país, y gente de altos vuelos. Las damas lucían hermosos abrigos de visón, de chinchilla, y se veían en sus cuellos, manos y orejas, el centelleo de resplandecientes joyas de todas clases. Los caballeros, con esmoquin y abrigo, aparecían todos apuestos y atractivos. Refulgían las sonrisas, los gestos corteses. Un raudal de luz partía desde el vestíbulo hacia la Avenida de los Reyes, principal arteria de la ciudad.

El ambiente no podía ser más lujoso y alegre, pero, por entre todas aquellas sonrisas, Brigitte Montfort se dedicó a buscar en los ojos de los representantes políticos del país aquel gesto retenido de preocupación. Un gesto que tenía que existir, forzosamente. No se cierran las fronteras así, por las buenas, sin motivo alguno. Se quería dar la impresión de que nada ocurría, de que todo era normal. Pero, efectivamente, la espía captó más de un contenido gesto de preocupación, incluso de tensión. Y más de un brevísimo conciliábulo susurrado entre algunos de los hombres que representaban al Gobierno vanio, a los cuales había conocido en el palacio.

¿Se estaba temiendo una revolución, quizá? ¿Un atentado que vendría del exterior?

Porque, indudablemente, algo inesperado estaba ocurriendo…, o había ocurrido.

La fugaz idea de que quizás el atentado ya se había producido, y

el rey estaba herido, pasó por la mente de la espía. Si así era, el rey no podría asistir aquella noche a su último acto de aparición pública antes de su coronación. Cosa que también era extraña, pues, al parecer, la decisión de Sandor III de asistir a la Opera había sido tomada a última hora por el monarca. ¿Pretendía con ello contribuir a que todo diese la sensación de normalidad y alegría? ¿Por qué no se había sabido con tiempo que el rey asistiría a la Opera? ¿Por qué esa decisión de última hora?

—¿Entramos ya?

—¿Eh…? Ah, un momento, Willie, por favor… ¿No es precioso todo esto?

—Sin duda. Me recuerda el Metropolitan Opera House, en sus buenos tiempos…, solo que más lujoso.

—Sí… Más lujoso. Pero… ¿no nota usted algo… raro en el ambiente?

Esley alzó las cejas, sorprendido.

—¿Algo raro? ¿Qué cosa?

—No sé… Algo.

—Tonterías —sonrió Esley, condescendiente—. Tonterías.

—Bueno, quizá yo…

—¿Una flor? ¿Una orquídea? —Ofrecieron detrás de Brigitte.

La espía se volvió vivamente, abierta la boca en el principio de una exclamación de asombro, que no llegó a brotar. Esley también se había vuelto, y por un instante miró con el ceño fruncido al encorvado anciano de blancos cabellos que mostraba en sus manos algunas cajas de celofán, con orquídeas.

Pero enseguida Esley se congratuló de poder ofrecer una atención más a la bellísima colega.

—¿Quiere una orquídea? —Aceptó—. Parecen muy hermosas…

—Muy hermosas, señor —dijo el anciano, con voz cascada—. Yo mismo las cuido, en mi invernadero de Kamptus Lakus. Cien «monarchs» solamente. Lucirá muy bien en su bella esposa.

William Esley sonrió, absolutamente complacido y halagado. No era para menos: el hombre que tuviese el aspecto de tener por esposa a la bellísima Brigitte podía darse por muy satisfecho.

—Nos quedamos una, desde luego —sonrió.

—La más bella orquídea… para la más bella dama… Esta. Esta es la más hermosa, señora… Gracias. Gracias, señor. Feliz velada.

Se inclinó torpemente y, seguido por la irónica mirada de Brigitte, se alejó, ofreciendo «¿Una flor, una orquídea…?».

—¿No se la va a prender? —sugirió Esley.

—Ah, sí… Será mejor que entremos ya. Iré al tocador, para asegurarme de que me coloco debidamente la orquídea.

—Pues… Bueno, no creo que sea tan difícil a los demás pensar que hacemos una pareja imponente.

Brigitte se mordió los labios para no soltar la carcajada. Esley era una pulgada más bajito que ella, gordito y rubicundo. Quien pensase, que ella se había casado con semejante tipo, no le haría demasiado favor, desde luego.

—Es cierto… —Tuvo que reír—. ¡Formamos una pareja imponente! Entremos. Le sugiero que me espere en el palco. Me reuniré con usted en cuanto me haya colocado la orquídea. Ha sido usted en verdad muy galante, Willie.

—Bah, bah, bah… ¡Usted se merece mucho más que eso!

Brigitte se tomó de su brazo, y entraron en la Opera, sonrientes. Por supuesto, había luego otro vestíbulo, aún mayor que el exterior, más elegante todavía, con más luz en sus grandes arañas de fino cristal. También estaba lleno de elegantes personajes, que hacían comentarios en voz suave… Un rumor quieto, de calma, se extendía por toda la Real Opera de Ausvania.

—La acompañaré…

—No, no. Eso es feo, Willie. Espéreme en el palco, por favor.

—Está bien. Me resignaré.

Brigitte llegó al tocador de señoras, casi vacío entonces. En el entreacto, la cosa sería diferente. Se dirigió a uno de los compartimientos, entró y cerró la puerta. Abrió la caja de celofán, sacó la orquídea y la examinó atentamente, hasta encontrar con facilidad la delgada tira de microfilme pegada al tallo. La despegó, suavemente, y se prendió la orquídea en el borde del escote.

Luego, sacó los prismáticos de su bolsito y movió el botón de graduación óptica al máximo, de modo que quedó una pequeña rendija. Introdujo por ella la tira de microfilme, y miró hacia la luz del compartimiento. Efectivamente, el microfilme estaba ya revelado; era como uno de esos trozos de películas que todos los chiquillos tienen alguna vez, y en el cual se ve perfectamente la escena, mirada al trasluz. Y allá, en colores, Brigitte veía

perfectamente el pequeño trozo de micropelícula, en una de las lentes de los prismáticos.

Casi lanzó una exclamación al ver, en primer lugar, a Albero de Ausvania, el hermanastro del rey. Tan apuesto, tan hermoso, tan rubio y sonriente. Tenía diez años menos que el rey, esto es, treinta, y ocupaba el cargo de presidente del Consejo de Ministros, al parecer por merecimientos propios, no por su parentesco con Sandor III. A Brigitte le había gustado desde el primer momento el apuesto y simpático Albero de Ausvania, quizá no tan inteligente de aspecto como el rey, pero más sonriente, más asequible, menos… real. Era, simplemente, un muchacho apuesto, deportista y todo lo alegre que le permitía el protocolo.

¿Y bien?

¿Qué significaba el hecho de que él estuviera en el microfilme? Movió este suavemente, hacia abajo, y apareció otro cuadro. También era Albero de Ausvania, caminando, y volviendo ligeramente la cabeza. Iba por una calle, pero Brigitte no pudo identificarla… ¿Qué hacía el hermanastro del rey, y presidente del Consejo de Ministros, caminando solo, por una calle cualquiera?

El tercer cuadro mostró nuevamente a Albero de Ausvania, con lo cual el interés de Brigitte aumentó. De nuevo por la calle, caminando. Parecía apresurado, y era evidente que hacía lo discretamente posible a fin de no ser reconocido.

Otro cuadro. Albero detenido en la calle, mirando hacia una casa muy vieja. Al menos eso parecía, vuelto de espaldas a la cámara, y orientado hacia aquella casa.

Otro cuadro. Cierto: aquella era la casa, porque se veía a Albero empujando la puerta.

Otro cuadro. Solamente la puerta de aquella casa. Otro cuadro. Albero de Ausvania saliendo de la casa.

Otro cuadro. Un primer plano del número de aquella casa: 17.

Otro cuadro. Primer plano del indicador de una calle: Mirka Strissa. Fin.

Bien… ¿Qué había ido a hacer Albero de Ausvania a aquella casa, la número 17 de Mirka Strissa?

Quizás era muy fácil de averiguar. La espía guardó el microfilme, colocó los prismáticos en posición normal, y recurrió a la pequeña radio de bolsillo, de la cual, por supuesto, había

decidido no separarse, esperando en cualquier momento la comunicación con la persona que la había dejado sobre su lecho. Una persona capaz de eso… y de muchísimo más. Infinitamente más.

Apretó el botoncito de llamada, y supo que al otro lado, apenas tres segundos después, admitían el contacto.

—He visto el microfilme —musitó Brigitte—. Dime qué ocurre. Estoy a oscuras.

La respuesta fue:

—¿Una flor? ¿Una orquídea?

—Entiendo —musitó Brigitte.

Cerró la radio, la guardó y salió al tocador. Se miró al espejo, pensativa, casi sin reparar en la orquídea. Desde luego, no podía dedicar mucho tiempo a presenciar *Marion ou la belle du Tricorne*, de Wissmer. Su objetivo inmediato era hacer una visita al número 17 de Mirka Strissa. Mientras ella se preparaba para asistir a la Opera, el microfilme había sido revelado, y, estaba clarísimo, la intención de su comunicante era entregárselo en la Opera. De ahí la indicación de que ella debía asistir a la función. Es decir, llegarse a la Real Opera para recoger el microfilme. Lo demás, era cuenta de ella…, y se esperaba que hiciese lo que tenía que hacer. Eso implicaba que su comunicante, por cualquier motivo, no podía o no quería acercarse a Mirka Strissa, y dejaba ese trabajo para ella.

Salió del tocador, dispuesta a marcharse de allí a toda velocidad. Pero, oh, fatalidad, William Esley estaba allí, impaciente, nervioso.

—¿Qué ha estado haciendo tanto rato? —exclamó—. ¡El rey está a punto de aparecer en su palco de un momento a otro! ¡Corra!

La tomó de una mano, tirando de ella por el pasillo. Subieron rápidamente la escalera de mármol blanco. Cuando llegaron al piso alto, Esley jadeaba, y parecía sofocado. Un ujier apareció ante ellos, mirándolos con mal contenido desagrado, asió las localidades de Esley, y los llevó inmediatamente al palco, que era, en efecto, muy pequeño y coquetón, muy cerca del escenario. La música de la Marcha Real empezaba a sonar en aquel momento, y apenas habían tenido tiempo de sentarse, todavía agitados, cuando Sandor III de Ausvania hizo su aparición en el palco real.

Todo el mundo se había puesto en pie, y Brigitte y Esley hicieron lo mismo rápidamente. Durante medio minuto se oyó la

Marcha Real, que cesó de pronto, en uno de los compases altos. En el acto, la Opera estalló en aplausos a Sandor III, que correspondió con inclinaciones de cabeza, sonriendo amablemente, con aquella parquedad suya tan distinguida, tan noble.

Cuando se sentó, la Real Opera recobró su ambiente normal…

Detrás del rey, todavía en pie, había algunos hombres. Brigitte reconoció a algunos ministros, un general… y Albero de Ausvania, sonriente, mirando complacido a todos lados. Estaba muy atractivo, impecable, simpático con sus rubios cabellos y su sonrisa de deportista sano y feliz. Desde luego, tenía que ser uno de aquellos hombres que hablando son capaces de convencer a cualquiera de que las estrellas son bombillitas que encienden los angelitos por la noche…

La función empezó, pero Brigitte no podía prestarle atención ni quería hacerlo. En aquel momento, había cosas que podían tener más importancia que la excelente obra de Pierre Wissmer.

Pero, fuese lo que fuese, no pudo hallar el menor indicio de inquietud o preocupación en el rostro de Sandor III, ni en el de Albero de Ausvania, su hermanastro, ni en los ministros o generales… En nadie.

Todo parecía normal. Todos contentos y felices. Sin embargo, se habían cerrado las fronteras y las comunicaciones de cualquier clase con el exterior, y ella tenía una radio de bolsillo y un intrigante microfilme…

—Willie —musitó.

—¿Qué? —susurró Esley.

—No… no me encuentro demasiado bien… Voy al tocador.

—Pero… ¿ahora?

—Lo siento de veras —tensó el rostro Brigitte—. No es necesario que me acompañe, claro está.

—Pero…

—Ya nos veremos en el entreacto. Hasta luego.

Salió del palco, tirando de su abrigo de pieles de visón, sin hacer el menor ruido, sin llamar en lo más mínimo la atención. Apenas había salido, cuando el mismo ujier que los había acomodado en el palco apareció ante ella.

—¿Ocurre algo, señora? —preguntó solícito.

—No… No, gracias… Estoy un poco… mareada.

—¿Desea que llame a un médico?

—Oh, no. De ninguna manera. Solo quisiera salir a pasear unos minutos. Con un poco de aire fresco me sentiré bien.

—¿Quiere que la acompañe? ¿Puedo servirla en algo?

—Es usted muy amable… No… Daré un paseo y volveré.

—Como guste. La acompañaré abajo, si me lo permite.

—Sí… Eso sí, gracias.

Abajo, en el vestíbulo, otro ujier se acercó presurosamente, interesándose por el caso. Su compañero le puso en antecedentes, y también se ofreció para lo que fuese. El resultado final fue que Brigitte, con una sonrisa de agradecimiento, se encontró en el vestíbulo exterior. Se alejó de allí, lentamente, como quien, en efecto, se dispone a dar un paseo que refresque su cabeza. Pero, apenas estuvo fuera de la mirada de los empleados de la Real Opera, apretó el paso.

Llegó a su coche, entró y sacó inmediatamente un plano de la ciudad. Buscó en el índice, encontró Mirka Strissa, y luego la buscó en el plano. Estaba casi en las afueras, y no parecía en modo alguno el lugar donde el hermanastro del rey podría tener amistades, a juzgar por su situación y por el aspecto de la calle, visto en el microfilme revelado en colores.

¡Un microfilme en colores! Eso, solo podía hacerlo un auténtico espía de lujo, desde luego.

Por cierto, a pesar de que estuvo mirando alrededor del coche, muy atentamente, durante más de un minuto, no vio al anciano que vendía orquídeas.

Recurrió a la radio, hizo una llamada, pero se quedó sin respuesta una vez más.

Muy bien. Estaba completamente tranquila al respecto: él sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Y esperaba que ella hiciese también lo que debía hacer. Ni más ni menos.

De modo que puso en marcha el coche, y sonrió cuando, al mover la mano izquierda girando el volante, la orquídea se adelantó un poco, y pudo verla bajo su barbilla.

Realmente, pensó sonriendo, hacía falta la imaginación de un espía de lujo para entrar en contacto por medio de una orquídea.

Capítulo IV

Se detuvo dos calles antes de la Mirka Strissa. Dejó el coche en una zona de sombra, y se acercó a pie, cautelosamente. No se veía a nadie por aquellas calles. Barrios extremos, de gente humilde, que se retiraban pronto a descansar. Y ya eran las… Casi las once.

El suelo, empedrado, tenía un brillo húmedo, y el alumbrado parecía rebotar en él de un modo pálido, casi sucio, triste. Un ambiente muy distinto, en verdad, al de la Avenida de los Reyes, al de la Real Opera…

Se detuvo en la esquina anterior a la casa número 17. Desde luego, si alguien la veía por allí, con su abrigo de visón, se llevaría una lógica sorpresa. Decidió rodear la pequeña e irregular manzana de casas, por el otro lado, para aparecer más cerca de la casa que le interesaba.

Y estaba al otro lado cuando vio la casa vieja, casi en ruinas, cuyas ventanas estaban abiertas. Sin vacilar un segundo, entró por una de aquellas ventanas, y se encontró en la más densa oscuridad, oliendo a… Sí, a grasa, a aceite quemado. Encendió la pequeña linterna camuflada en su bolígrafo de oro, y vio enseguida un viejo coche, antiguo, lleno de polvo. Apto para el cementerio de coches. Luego, vio una rata, deslizándose rápidamente hacia un agujero.

Continuó adelante, cruzó un pasillo, una cocina cuyo techo mostraba algunos agujeros por los cuales se veían las estrellas. Luego, un patio, lleno de cajones, neumáticos viejos, agrietados, gastados. Piezas de coche: guardabarros, parachoques, la tapa de un capó…

Había una valla de piedras al fondo del patio, también casi completamente derribada por el tiempo y posiblemente las lluvias y las heladas. Al otro lado, un patio más grande, que tenía un cobertizo a un lado. Y al otro lado de ese patio, la casa 17 de Mirka Strissa, estaba segura de ello. Además, lo había calculado bien.

Saltó el viejo muro derribado, cruzó fácilmente el patio, saltó la otra pared, y se encontró en un minúsculo patio, posterior a la casa diecisiete.

Entrar en esta fue en verdad fácil para la agente Baby, utilizando el sistema de escalo, rotura de cristal de una ventana y subsiguiente descorrimiento del cerrojo.

De nuevo la delgada raya de luz de la camuflada linterna. Estaba en un dormitorio del piso de arriba. No había ropas en la cama, ni cualquier otro indicio de que la casa estuviese habitada. No, al menos, de un modo continuo.

Salió del cuarto, y se encontró en un pasillo.

A la izquierda, un tramo de escalones de madera, que crujió cuando ella puso un pie en el primer peldaño. Bajó lentamente, un poco preocupada por la carencia de un arma.

Llegó a la planta sin más novedad que algunos crujidos más de los viejos escalones de madera. Aquello parecía… un comedor-salón. Eso era exactamente. Se veía una buena capa de polvo por todos lados. Y la pregunta tenía que formularse en la mente de la espía: ¿qué había ido a hacer en semejante lugar el hermanastro del rey?

¿Una entrevista con alguien? ¿Una mujer? Esta última idea le pareció tan descabellada, que sonrió. Desde luego, no sería aquel el lugar donde un miembro de la familia real se citaría con una dama. Debía de tener mejores lugares y medios para una entrevista de esa clase.

Echó un vistazo a la cocina, pero nada le pareció interesante allí. Luego, una especie de saloncito pequeño, con una aceptable biblioteca, mesa de despacho, dos sillones, cortinas…

Todo lleno de polvo.

Lo único que allí no tenía polvo era el hombre.

El hombre que estaba caído de bruces sobre la mesa, con los brazos colgando a los lados. Apoyaba una mejilla sobre el polvo, y se veían sus ojos, abiertos, cristalizados en su mortecina expresión. Llevaba un traje corriente, y sobre una silla se veía un abrigo, que debía de ser suyo, sin duda. Estaba sentado en el borde del viejo sillón giratorio, sostenido grotescamente entre este y la mesa.

Brigitte se acercó, iluminando de lleno aquel rostro cadavérico. Desde luego, no lo conocía. Su edad podría ser de unos cuarenta

años, quizás un par más. Tenía un rostro enérgico e inteligente, una mandíbula recia. Le asió cuidadosamente por los cabellos, y lo incorporó, evitando sacudidas o movimientos bruscos, que lo habrían hecho rodar por el suelo…

Tal como esperaba, allí, en el pecho, estaban las manchas de sangre de aquel hombre. Había recibido tres balazos, todos sobre el corazón. Lo dejó caer de nuevo, lentamente. El cadáver tenía ya una considerable rigidez, de modo que entre esto y el clima de Ausvania, la muerte podía calcularse en unas cinco horas atrás. Quizá cuatro, o seis. Pero no menos de cuatro ni más de seis. La rigidez *post mortem* también tiene sus reglas.

Separó la chaqueta del muerto, y metió una manita en el bolsillo interior derecho, retirándola con una billetera, que dejó sobre la mesa. Registró los demás bolsillos, consiguiendo también un encendedor, unas llaves, un paquete de cigarrillos suizos marca Stel… Iba a recogerlo todo de sobre la mesa cuando la luz de la linterna dio en algo que seguramente era mucho más interesante que todo aquello: unas palabras escritas temblorosamente en el polvo de la mesa. Frunció el ceño, disgustada, porque no podía leerlo bien, no lo entendía… Parecía que ponía «Rakora Kois»… «Rokaria… Kais»…

No podía entenderlo bien. Pero, evidentemente, el hombre muerto no había muerto al instante, sino que había tenido tiempo de escribir aquello sobre el polvo. Lo escrito estaba a la derecha del lívido rostro, de modo que Brigitte alzó aquella mano, y colocó la luz en el dedo índice. No había polvo allí. Tampoco en los demás dedos. Ni en los de la otra mano. Bien… Quizá la mano del hombre había rozado su ropa al caer luego, y el polvo se había desprendido.

Abrió la billetera, y vio enseguida la tarjeta de identificación: Rodol Armanayer, de cuarenta y un años, soltero, de Ausvania, de profesión abogado, residente en Ausvania, con domicilio en el 229 de Woltofa Strissa.

Bien… Allá tenía ya muchas cosas: Un cadáver, un microfilme mostrando a Albero de Ausvania entrando en aquella casa, una dirección, un país cuya comunicación en todos los sentidos con el extranjero queda prohibida… y una próxima coronación. ¿Cómo ligar todo esto? ¿Cómo ligarlo todo entre sí y ligarlo además con un rey que asiste impávido a la representación de una ópera?

Un suave chirrido que de momento no identificó llegó hasta el privilegiado oído de la espía. Y cuando lo identificó sufrió un brusco sobresalto, casi respingó. ¡Un coche! ¡Un coche se había detenido delante de la casa!

Metió precipitadamente en su bolsito todo lo que había encontrado en los bolsillos del muerto Rodol Armanayer, borró lo escrito sobre la mesa, se limpió los deditos en la ropa del cadáver, y salió a toda prisa del saloncito.

Ahora ya no se oía el coche, pero sí unas pisadas fuertes, como de botas. Unas pisadas recias, firmísimas. Como… como el sonido de una breve y poco nutrida parada militar. ¿Soldados? ¿Llegaban soldados vanios a aquel lugar?

Estaba cruzando a toda prisa el comedor-salón cuando la puerta se abrió, bruscamente, y un hombre entró, volviéndose y diciendo, con voz contenida:

—Enciendan las linternas cuando ya estén dentro, no antes.

Él entró el primero, decidido. Afuera se oían más pisadas recias. El sonido de la puerta de un coche al cerrarse…

El hombre entró tan decididamente que Brigitte no pudo ni siquiera intentar esconderse. Casi fue un encontronazo en el centro del oscuro comedor-salón. El hombre lanzó un respingo, sufrió un brusco sobresalto muy justificado cuando sus manos tocaron la piel finísima de visón…

—¿Qué…?

Brigitte lanzó su mano derecho, velozmente, rígida, hacia la garganta del hombre. Se oyó el seco y blando golpe, un extraño ronquido… y el alto y apuesto oficial cayó de espaldas, como fulminado, resonando su cuerpo en el suelo, fuertemente.

—Mi capitán —llamaron—. ¿Qué ocurre?

Apareció una luz, apuntando de momento hacia el suelo, pero inmediatamente hacia delante, a la altura del pecho de un hombre. Para entonces, Brigitte estaba ya arriba, en el pasillo al cual daban las habitaciones del piso alto.

En el momento en que entraba en el cuarto que había utilizado para introducirse en la casa, las luces de dos linternas se cruzaban abajo, buscando. Una de ellas bajaba, directa, hacia donde yacía el oficial vencido en una fracción de segundo por la espía internacional.

—¡Mi cap…!

Brigitte cerró la puerta y corrió hacia la ventana. Salió por ella, se deslizó por el grueso canalón y se dejó caer al patio. Bastante apagado, un grito de aviso, una orden seguramente, llegó hasta ella, pero no pudo entenderla. Saltó la tapia, cruzó el otro patio grande, luego el de la casa que tenía en la entrada un viejo auto, cruzó esta casa…, y segundos después se deslizaba fuera, por la rota ventana utilizada para entrar.

Se quitó los zapatos, y echó a correr, calle arriba, cruzándola inmediatamente, para trasladarse a otra manzana…, mientras en la esquina del fondo de la que acababa de abandonar aparecían corriendo dos soldados, fusil en mano, resonando sus botazas en el húmedo suelo…

* * *

William Esley lanzó una exclamación al verla.

—¿Dónde se ha metido? ¡La busqué en el tocador, y me dijeron que usted no estaba…!

—Salí a dar un paseo.

—¡Ya me enteré luego de eso! ¿Cómo es posible que…?

—Por favor, Willie, querido… ¿por qué se excita tanto? ¿No le parece normal que haya salido a tomar un poco de aire fresco? Ya le dije que no me sentía bien.

—Emmm… Bueno, no sé… Está a punto de comenzar el segundo acto.

—Muy bien. Espero verlo con comodidad.

—Yo… siento esto, Brigitte. ¿Se encuentra ya mejor?

—Sí, sí, mucho mejor… Este paseo alrededor de la Real Opera me ha sentado muy bien.

—Lo celebro de veras. Me tenía preocupado, créame.

Brigitte sonrió dulcemente.

—Es usted demasiado cariñoso conmigo, Willie. Yo no merezco tantas atenciones por su parte. ¿Cómo ha ido el primer acto?

—Supongo que bien. Me revienta la ópera.

—¡Oh! Pero yo creí…

—Si estoy aquí es por usted, para no dejarla sola en país desconocido, en una ciudad extraña.

—¡Se lo agradezco tanto…!

—Ya supongo que usted no está acostumbrada a estas cosas…

—¿Qué cosas?

—Pues encontrarse sola en sitios extraños. Imagino que sin mi compañía se sentiría… deprimida, sin saber qué hacer…

—Oh, indudablemente, Willie. Indudablemente. Me parece que ya tenemos que volver al palco…

En efecto, los últimos timbrazos se habían oído en el vestíbulo, y las bellas y elegantes damas y los apuestos caballeros se encaminaban a sus respectivas localidades.

La función debía continuar.

* * *

—Ha sido una velada muy agradable, Willie. Muchas gracias por sus atenciones, y… buenas noches.

—¡Cómo! —exclamó Esley—. ¿No va a invitarme a pasar a sus habitaciones?

Brigitte, a punto de introducir el llavín en la cerradura de la puerta de su *suite*, se volvió, mirando sorprendida al gordito y calvito colega.

—¿Para qué, Willie?

—Bueno… Podríamos tomar una copa de champaña… En todas las *suites* hay bebidas, y…

—Eso quiere decir que también usted tiene champaña, ¿no?

—No me gusta beber solo.

—A mí, sí.

—Una copa —imploró Esley—. Una sola copa. Se lo prometo —alzó una mano—. Palabra de honor.

—Está bien… —La espía suspiró, como desconsolada—. Pase, Willie. Abrió, entró, y Esley lo hizo tras ella. Se dirigió directo al mueblebar, lo abrió, y se volvió hacia Brigitte, señalando su contenido.

—Bien… Vamos a ver qué hay de bueno por aquí… Supongo que no quiere *whisky*.

—Prefiero champaña, desde luego —dijo Brigitte.

—¿Alguna marca especial?

—No creo que haya la que a mí me gusta… ¿Qué tenemos?

—Mmm… Veamos… Cliquot… Codorniu… Champs Elisées… Dom Perignon 55… Montel… ¡Vaya, esto está muy bien surtido de verdad!

—¿Hay… Dom Perignon 55? —musitó ella.

—Sí, sí…

Brigitte se había acercado al mueble-bar, y contemplaba fijamente la botella de champaña de Perignon 55. Era cierto, allá estaba. Al lado, había una caja de corcho, que abrió. Hielo seco. Y también un paquetito envuelto en un bonito papel de colores, con un lazo azul. Lo abrió, y vio el pequeño recipiente de cristal, conteniendo media docena de hermosas guindas rojas, perfectas, brillantes…

—¿Des… descorcho el Perig…? —preguntó el gordito.

—¡No! Cualquier botella, menos esa. Voy a cambiarme.

Brigitte se dirigió directamente al cuarto de baño, abrió la puerta un par de pulgadas, e introdujo lentamente una manita, moviendo los deditos graciosamente. Una mano de hombre, grande, nervuda, muy morena, apareció, y tomó la de la espía, tirando hacia dentro…, lo cual estaba haciendo ya Brigitte que inmediatamente se echó en brazos del hombre, ofreciendo emocionada los labios.

—Uno… —susurró.

El atlético gigante de ojos negros y brillantes la apretó suavemente contra su pecho.

—Sabía… sabía que eras tú, Uno, mi amor…

Número Uno, el mejor espía masculino de todos los tiempos, el traicionado por la CIA[2], sonrientes sus finos labios, ondulados en una mueca viril, simpática y recia a la vez.

—¿Qué hacemos con tu gordito caballero? —susurró.

—Lo echaré enseguida —sonrió ella—. ¡Enseguida, Uno!

Besó apasionadamente los labios masculinos, y salió del cuarto de baño. Apareció en el saloncito cuando ya William Esley había servido las dos copas, y parecía un tanto impaciente.

Brigitte sonrió, tomó una de las copas y se humedeció apenas los labios. Esley también bebió.

—Willie… —musitó ella—. Presiento que esta noche me va a resultar difícil deshacerme de usted. Por tanto, voy a hacerle un… un trato.

—¿Cómo?… —tartamudeó Esley—. ¡Dígame cómo…!

—Présteme su pañuelo… Gracias. Ahora, vuélvase de espaldas a mí… Así, eso es. Cierre los ojos.

—¿Qué… qué va a hacer…?

—Vendarle los ojos.

Lo hizo así, sin resistencia por parte de Willie.

—Bien. Bueno, ya están vendados sus ojos, Willie. Y ahora, tiene que encontrarme, con los ojos vendados. Si no lo ha conseguido antes de un minuto, se irá de aquí. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —farfulló Esley.

—Pues empiece… ¡Ya!

Esley tendió las manos hacia delante…

—Aquí… —musitó la espía—. Aquí, Willie…

El periodista se orientó en la dirección que sonaba su voz.

—Aquí ahora…

Otra media vuelta, siempre con las manos por delante. ¡Era divertido y excitante aquel juego!

Otra media vuelta, y Esley se precipitó hacia donde había sonado la voz de la espía, tan cerca de él que era imposible que escapase aquella vez… Pero Esley chocó contra una pared, al tiempo que le pareció oír el ruido de una puerta al cerrarse. Se tambaleó, recuperó el equilibrio, y llamó:

—Brigitte… Nena, Brigitte…

—¿Se encuentra bien, señor?

Por un instante, William Esley quedó petrificado. Luego, se quitó el pañuelo de los ojos, de un manotazo, y enrojeció tan intensamente que pareció a punto de reventar. Ante él, un matrimonio, que, al parecer, también había asistido a la Real Opera. Le miraban entre asustados y divertidos, y, desde luego, muy asombrados.

Simplemente, Esley se encontraba en el pasillo del hotel. Miró hacia la puerta de Brigitte, y la vio cerrada. Si un rayo hubiese caído allí en aquel momento y lo hubiese fulminado, William Esley se habría dado por más dichoso.

—¿Se encuentra bien? —insistió el caballero.

—Yo… Sí… Muy bien, gracias… Estábamos… jugando…

—Ah.

—Con… con permiso… Buenas noches…

—Buenas noches, señor.

* * *

—Has sido demasiado cruel —rio Número Uno.

—Me viene fastidiando ya hace días —rio también la espía—. Eso se lo ha ganado con creces. —Lo volvió a besar profundamente en la boca, y luego suspiró—. Por supuesto, tú has traído el champaña, las guindas, el hielo seco…

—Soy muy previsor. —La apartó y la miró de arriba abajo, lentamente, con seriedad, sin perder detalle de aquella maravilla—. Estás tan hermosa como siempre, Baby.

—Y tú, tan apuesto como siempre, tan… viril, Uno. ¿Sigues siendo Angelo Tomasini a los ojos del mundo… normal?

—Sí. Tú ya sabes siempre dónde encontrarme.

—Pero no esperaba hacerlo aquí. ¿Qué es lo que ocurre? ¿Por qué me has… obligado a trabajar?

Número Uno la besó en los labios.

—Tú ya sabes: un espía… es siempre un espía, amor. Espero no haberte molestado.

—A mí no me molesta trabajar —dijo ella, con dulce ironía—. Eres tú quien siempre dice que jamás ayudarás a nadie, que estás desengañado y amargado de la vida… ¿O has cambiado?

Uno encogió los hombros. La soltó, vertió el hielo seco alrededor de la botella de Perignon 55, en el cubito destinado a tal efecto, y luego movió la botella entre las dos manos, buscando un rápido enfriamiento. Brigitte destapó el frasquito de las guindas, lo dejó junto al champaña, aprovechó para besar una mano de Uno, y musitó:

—¿Has cambiado?

—No.

—Oh…

—Lamento decepcionarte. Para mí, el mundo sigue siendo un… un inmenso cubo de asquerosa basura.

—En general, estoy de acuerdo contigo. Ven, siéntate a mi lado, deja que el champaña se enfríe más… Ya sabes que me gusta muy frío, querido. —Uno se sentó, y ella tomó aquellas enormes manos que parecían hechas de cables de acero—. ¿Estás tratando de ayudarme en algo? Porque te diré la verdad: sea lo que sea lo que esté ocurriendo no sé nada de nada.

—Eres tú quien me va a ayudar a mí esta vez —sonrió secamente él—. ¿Estuviste en el diecisiete de Mirka Strissa?

—Desde luego. ¿Por qué no fuiste tú allá?

—Estaba… protegiendo al rey. A Sandor III de Ausvania.

—¿Protegiéndolo?

—Desde luego. Nunca se sabe. ¿Qué conseguiste allá?

—Había un hombre muerto. Te daré todo lo que llevaba encima. Un momento.

Fue al dormitorio, regresó con su bolsito, lo sacó todo y lo fue entregando a Uno, que examinó el botín lentamente, pensativamente. Por fin, lo dejó todo a un lado, en el sofá.

—Rodol Armenayer… No sé quién es. ¿Tuviste contratiempos?

—Uno muy pequeño —sonrió ella.

—Lamento haberte molestado, pero yo tengo que estar cerca de Sandor III. Tampoco podía contestar a tus llamadas.

—Comprendo eso, Uno. Dime, ¿has sido contratado por el rey para algo… especial?

—No. Trabajo por gusto.

—Oh —se asombró realmente Brigitte—. Tenía entendido que conseguir los servicios de Número Uno era carísimo.

—Sigue siéndolo. Sobre todo, para la CIA. ¿No sabes? —Una fría sonrisa irónica apareció en los varoniles labios—. No hace mucho hice un trabajo para la MVD. Muy bien pagado.

—¿Cuánto? —Sonrió Brigitte.

—Quinientos mil dólares.

—¡Fantástico! ¿Conseguiste que los rusos te pagaran eso? Espero que adoptarías las precauciones de siempre, y que tu personalidad no habrá quedado al descubierto.

—¿Tú qué crees?

—Creo… —Brigitte lo besó en la barbilla—. Sí, creo que sigues siendo el número uno del espionaje. Y dudo que jamás exista otro espía como tú. Además, soy feliz por tenerte como amigo… Digamos… amigo personal. ¿Todavía guardas rencor a la CIA?

—Todavía y para siempre. Insisto en lo mismo: quien quiera mis servicios, los tendrá que pagar a muy buen precio.

—En cierto modo, estoy de acuerdo contigo. Pero, si no he entendido mal, estás trabajando…, o algo parecido, para el rey de Ausvania. Y gratis. ¿Cómo entiendo eso?

—Lamentablemente, parece que todavía me queda un pedazo muy pequeño de corazón, de sentimientos… humanos. En cierta ocasión, en una escapada que tuve que hacer desde Rusia, pasé por Ausvania, como un conejo perseguido por una docena de zorros rusos… En aquella ocasión, Sandor III me salvó la vida. Bueno… No él personalmente. Pero cuando los rusos, que sabían que yo estaba herido y acorralado cerca del lago, pidieron permiso para entrar, les fue negado. Recurrieron al rey, y este dijo que un hombre herido, espía o no, estaría siempre a salvo en su país. Cinco días más tarde, en la frontera con Suiza, todavía yo en malas condiciones físicas, fui atrapado por los guardas fronterizos. Sin embargo, había allá una orden expresa de Sandor III: paso libre a quien quisiera salir de su país… incluso sin pasaporte.

—Sí… —musitó Brigitte—. Mi impresión respecto a ese hombre es la misma, Uno. Parece… profundamente humano.

—No sé. Ni me importa. Pero Número Uno jamás olvida una deuda. Y menos de ese calibre. Tú lo sabes bien, ya que, después de salvarme una vez la vida, sabes que yo la daría por ti.

—Creo que la CIA hizo contigo el peor negocio de toda su carrera de suciedades. —Brigitte suspiró tristemente—. Pero, como somos espías, lo aceptaremos con… resignación. Y ahora, dime: ¿cuál es el peligro concreto que está corriendo tu amigo Sandor III?

—Concreto, ninguno. Es solo que han robado la corona.

Brigitte quedó estupefacta, como si no hubiera entendido bien.

—¿La… la corona… real…?

—¿Cuál otra? —Sonrió Uno—. La han robado, eso es todo. Y temo alguna acción más… directa contra Sandor III. Por eso estoy en Ausvania hace un par de semanas, atento a todo, en lo posible.

—¿Cómo sabes que han robado la corona? Oh, vamos, Uno, eso es imposible…

—¿Crees que yo soy de los que se equivocan? —Sonrió Uno.

—De acuerdo —sonrió también Brigitte—: han robado la corona. ¿Y ahora?

—Tú y yo tenemos que recuperarla. Es del todo necesario. Ni en cien años se podría construir otra corona como esa. Y hay que tener en cuenta que si Sandor III no se corona el día señalado, esa coronación tendría que retrasarse dos años. Demasiado tiempo, teniendo en cuenta ciertas tendencias… de otros partidos dentro del

país.

—¿Una revolución?

—No sé. Pero sí sé que hay gente de altura a la que no le gusta demasiado la monarquía. Cualquier pretexto les serviría para derribar a Sandor III y quedarse con el mando del país. Y eso no me gusta a mí. Ausvania está bien como está. Además, yo le debo algo a Sandor… ¿Vas a ayudarme?

—Por supuesto. Ahora entiendo lo del cierre de fronteras, la imposibilidad, absoluta de comunicarse con el exterior del país… Ahora lo comprendo todo. Pero… ¿cómo pudieron robar la corona? Parece como si me estuvieses hablando del robo de una… una joya cualquiera. Yo he estado en palacio, y me parece que no es fácil entrar ni salir.

—Desde luego. Por tanto, para nosotros, la solución es tan simple como rutinaria y asquerosa: hay un traidor. O varios.

—Claro… ¿Albero de Ausvania, quizás? ¿Por eso te dedicaste a vigilarlo, y le tomaste la peliculita…?

—Parece un muchacho honesto y feliz —admitió Uno—. ¿Qué opinas de los muchachos honestos y felices?

—Que a veces son espías, o asesinos… ¿Acaso la desaparición de la corona podría reportar algún beneficio al hermanastro del rey?

—Ninguno en absoluto.

—¿Entonces…?

—Bueno… Vi salir a Albero del palacio, casi… clandestinamente. Y lo seguí. Hasta el diecisiete de Mirka Strissa.

—¿Qué hora era cuando entró allá?

—Las cinco y media, quizás. ¿Cuánto tiempo llevaba de cadáver el hombre llamado Rodol Armenayer?

—Aproximadamente, desde las cinco y media. Respecto al pequeño contratiempo que tuve en esa casa, pues… fueron unos cuantos soldados, al mando de un capitán al que tuve que golpear para evitar ser vista y más adelante reconocida. Escapé bien, sin compromisos. Iban decididamente allá, a la casa. Creo que sabían muy bien lo que tenían que encontrar, y, posiblemente, recoger allá.

—El Ejército… —musitó Uno—. Es posible que Albero viese el cadáver, y enviase a aquella hora a unos cuantos soldados, para recogerlo, sin escándalos.

—Sí, es posible. Ah, otra cosa, querido: en la mesa en la cual

estaba caído de bruces el cadáver había algo escrito. Parece evidente que fue el propio Rodol Armenayer quien lo escribió, sobre el polvo, a pesar de que ninguno de sus dedos tenía polvo.

—¿Qué había escrito?

—No lo sé bien… Parece que ponía algo así como «Rakora Kois», o «Rokaria Kais»… Lo siento, no estaba escrito con mucha claridad. ¿Te suenan estas palabras?

—De momento, no. Pero pensaré en ellas. Desde luego, deben de ser una pista. Habrá que estudiarla detenidamente. ¿Tienes pensado algo para mañana?

—Había pensado entrevistar a Albero de Ausvania —sonrió Brigitte—. Estoy aquí como periodista, y una entrevista con el hermanastro del rey puede resultar interesante para los lectores.

—Sin duda. ¿Crees que podrás llegar hasta él?

Baby sonrió como una niña traviesa.

—Juraría que eso te satisfaría mucho, Uno.

—Así es.

—Entonces, nada ni nadie podrá impedirme llegar hasta Albero de Ausvania.

—Lo sé. Yo me dedicaré a investigar a Rodol Armenayer, así como esas palabras que había escrito en la mesa antes de morir. Es posible que saquemos algo en claro.

—¿Posible? —Rio Brigitte.

—Bueno… Parece que si en esto intervienen ni más ni menos que Baby y Número Uno, la cosa está más que decidida, ¿no es cierto?

—Así parece. Y no es inmodestia por nuestra parte… ¿Crees que Rusia tenga algo que ver en esto?

—No —afirmó categóricamente Uno—. Desde luego, no. Yo lo habría sabido con tiempo. No tenemos por qué culpar a los rusos de todas las cosas raras… políticamente hablando. En realidad, parece ser que los rusos no ven con malos ojos a Sandor III. No. No creo que ellos hayan intervenido en esto. Parece más bien una cuestión… nacional.

—Pues la resolveremos. Para mí, basta que Sandor III sea persona de tu agrado para intervenir en serio. ¿Crees que el champaña estará ya lo bastante frío?

—No demasiado.

—No importa… —susurró Brigitte—. No importa, Uno. Lo tomaré como esté. Quiero… quiero decirte que me alegra mucho este encuentro. Últimamente, cada vez que nos encontramos me siento… muy feliz.

Número Uno la besó en los labios, largamente.

—Yo también… —musitó—. Pero supongo que sería demasiado hermoso que dos espías como nosotros se uniesen… definitivamente.

—¿En matrimonio? —Sonrió casi temblorosamente Brigitte.

—Nuestra religión es la misma, y no tengo nada contra la situación legal, tanto civil como religiosamente. No soy un… monstruo hasta tal extremo, Brigitte. Te serviré el champaña.

Sacó la botella del hielo seco, sirvió dos copas y echó en cada una la correspondiente guinda. Brigitte bebió un sorbito y asintió con la cabeza.

—Está bastante frío. ¿Siempre lo previenes todo, Uno?

—Contesta tú misma: ¿dejas alguna vez algo al azar?

—Solo nuestras entrevistas —susurró ella.

—Comprendo. Tú crees que es la vida misma la que une a las personas, no el deseo, a veces equivocado, de esas mismas personas.

—Sí.

Número Uno acabó su copa de champaña, la dejó sobre la mesita y se quedó mirándola pensativamente.

—Me iré ahora —murmuró—. Tengo el disfraz de viejo vendedor de flores en el cuarto de baño, de modo que lo recogeré…

—Puedes hacerlo mañana.

—Volver de día puede resultar peligroso.

Capítulo V

—Imposible… Créame que lo siento, señorita… Montfort, pero Su Alteza no puede recibir a nadie. A nadie.

El coronel jefe de la guardia de palacio parecía en verdad apesadumbrado. Pero su negativa era firme, de tono irrevocable. Estaba casi en posición de firmes ante Brigitte, en la entrada principal del palacio, un tanto azorado por tener que ser tan estrictamente severo.

—Bien… Sin embargo, coronel, yo estoy segura de que Albero aceptaría recibirme si supiera el motivo de mi visita.

—Lo lamento. Se lo suplico, señorita… No hay audiencias.

—No quisiera parecerle obstinada, coronel. Pero debo entrar… ¿Tendría inconveniente en llevarle un sobre a Su Alteza?

—¿Un sobre?

Brigitte lo sacó de su bolso, mostrándolo.

—Este sobre. ¿No querría llevárselo? Solo eso. Si, después de recibirlo, Albero de Ausvania rechaza mi visita, no insistiré más. Pero le ruego que me conceda esta oportunidad.

—Bueno… No sé… Al fin y al cabo esto podría… considerarse como… correo, ¿no es así?

—Así es —sonrió Brigitte.

—Está bien —suspiró aliviado el apuesto y todavía joven coronel de la Guardia Real—. Enviaré el sobre a Su Alteza. Mientras tanto, le ruego que… Bueno…

—No permaneceré aquí, en la entrada. Volveré dentro de media hora, coronel.

—Magnífico. Muchas gracias, señorita.

—A usted.

* * *

—Su Alteza la está esperando.

El coronel de la Guardia Real parecía feliz por no tener que formular otra negativa a la hermosa visitante. Es más: una carroza la estaba esperando detrás del cuerpo de guardia, con dos lacayos en el pescante y otros dos en la parte posterior. El coche pequeño que Brigitte había alquilado para sus desplazamientos tuvo que quedar fuera del recinto palaciego.

La carroza se deslizaba blandamente por la roja tierra bordeada de verde césped fresco, espeso. En el cielo había algunos nubarrones negros, espesos, y, como contraste, todo tenía un tono blanco lechoso y que parecía presagiar una inminente nevada.

En la puerta del palacio había seis soldados de guardia, todos imponentes, con su casaca roja, sus largas picas brillantes. Pero un oficial joven, alto, apuesto, se destacó en lo alto de la escalinata, bajando apresuradamente hasta la carroza, para ayudar a Brigitte a descender.

En el acto, se cuadró marcialmente.

—Capitán Barno Willon, señorita. Tengo instrucciones de conducirla hasta Su Alteza.

—Muchas gracias.

Aquel joven capitán pisaba con mucha reciedumbre. Y entre esto y el hematoma que tenía en la garganta, Brigitte estuvo a punto de echarse a reír. Barno Willon se habría sorprendido grandemente de haber sabido que aquella dulce damita de ojos azules era la que la noche anterior lo había derrotado, derrumbado, de un solo golpe.

Después de recorrer amplísimos pasillos y algunos salones, el capitán Willon se detuvo ante una puerta, vigilada por dos guardias altísimos, de rostro inescrutable, que parecían estatuas con su pica un tanto inclinada. Llamó a aquella puerta, y un muchacho joven, pelirrojo, de rostro riente y simpatiquísimo apareció en ella.

—¿Es ella, capitán? —Sonrió.

—Sí.

—Bien. Puede retirarse. Tenga la bondad de pasar, señorita Montfort.

Brigitte entró. Se encontró en una estancia grande, pero en la cual, a unas diez yardas de la puerta, había otra, más grande, de hoja doble. El muchacho la llevó hasta allí, tiró de un cordón de seda roja y empujó las puertas.

—Su Alteza la está esperando.

Brigitte acabó de abrir las puertas, y se encontró en una sala enorme, cuyas paredes estaban llenas de tapices, y los suelos provistos de espesas alfombras de origen persa, sin duda. Al fondo, un gran ventanal, desde el cual se veían los jardines de palacio. Allí había sillones, un sofá, unas mesitas labradas a mano… Albero de Ausvania estaba en pie junto al ventanal, erguido, hermoso, altivo sin proponérselo. Se acercó sosegadamente a la espía y efectuó una inclinación de cabeza.

—Señorita Montfort…

Brigitte hizo una reverencia discreta, y cuando alzó la cabeza vio ante ella la mano de Albero de Ausvania. Puso la suya encima, y el hermanastro del rey la llevó hasta el ventanal. La dejó allí, se sentó, y entonces lo hizo Brigitte. Albero señaló la mesita más cercana.

—¿Un cigarrillo? —ofreció.

Brigitte lo aceptó, mirando aquella firme mano mientras le ofrecía la llamita de su encendedor. Albero llevaba un traje normal, de mañana. Estaba impecable, serio y elegante, y, como siempre, a la vez, deportivo, rebosante de vitalidad.

Dejó el encendedor sobre la mesita y tomó el sobre. Sacó el microfilme, la billetera de Rodol Armenayer, sus llaves…, todo lo que habían contenido los bolsillos del hombre encontrado muerto la noche anterior por Brigitte en el 17 de Mirka Strissa.

—Bien… Debo admitir, señorita Montfort, que me resulta… en extremo sorprendente que esto obre en su poder. ¿Cómo lo consiguió?

—Me lo dio un amigo.

—¿Qué amigo?

Brigitte Montfort sonrió cortésmente…, y eso fue todo. Albero también sonrió.

—Nosotros, los vanios —dijo amablemente—, también tenemos un sistema de espionaje. Poca cosa. Más que nada es por… sentirnos seguros, protegidos. Somos… aficionados, diría yo. Lo cual es peligroso, teniendo cerca a Rusia, Alemania, Checoslovaquia, Rumania… Pero entiendo que su nacionalidad es norteamericana, señorita Montfort.

—En efecto.

—¿Es una espía?

—Pues… Bueno, Alteza, en el fondo todos los periodistas somos un poco espías.

—Es cierto… —sonrió Albero—. Es cierto. ¿Cuál ha sido su propósito al enviarme… estas cosas?

—Mi amigo es… un hombre especial, Alteza. Está dispuesto a ayudar al hermano de Su Alteza.

—¿Ayudar a Sandor? ¿Cómo? ¿En qué?

—Recuperando la corona.

Albero de Ausvania palideció ligeramente, pero su sonrisa persistió. Parecía como clavada en su simpático y hermoso rostro.

—¿Re… cuperar la… corona? —musitó, tenso.

—Eso he dicho. Sin embargo, Alteza, mi amigo opina que poca cosa conseguirá sin ayuda. Este es un país extraño para él, pese a que conoce toda Europa y buena parte del resto del mundo.

—¿Él sí es un espía?

—Él, sí. El mejor, Alteza. El mejor del mundo.

—¿Tanto?

—Más, si está dispuesto a trabajar por una persona amiga. Mi amigo debe algo a Su Majestad, el rey Sandor III. No me pregunte qué le debe, porque no estoy autorizada para revelarlo.

—Entiendo. ¿Cómo sabe que… que han robado la corona?

—Lo ignoro. Él lo sabe, y eso es todo.

—Todavía no han salido los periódicos —comentó Albero.

—No comprendo.

—Esta… esta tarde se da la noticia del robo de la corona… Ocurrió ayer, pero creímos que podríamos recuperarla sin alarmar al pueblo de Ausvania. No obstante, hemos llegado a la conclusión de que conviene que lo sepan. Conviene que sepan eso para que todos, uno a uno, apoyen nuestro esfuerzo por recuperarla. La noticia saldrá esta tarde, en el primer periódico de Ausvania.

—Entiendo.

—Sin embargo, sería… muy conveniente recuperar antes esa corona. ¿Cree que su amigo podría conseguirlo?

—Él, sí.

—¿Antes de que salgan los diarios?

—Eso no lo sé. Posiblemente, todo dependerá de la ayuda que mi amigo reciba.

—¿Ayuda por mi parte?

—Eso esperamos.

—¿Y usted? ¿Por qué interviene usted en esto? ¿Por qué?

—Porque —sonrió Brigitte— los amigos de mis amigos son mis amigos, Alteza.

—Ah… Noble actitud la suya. ¿Qué espera su amigo de mí?

—Quiere saber quién o qué era Rodol Armenayer, a qué se dedicaba, qué hacía en aquella casa del 17 de Mirka Strissa, quién y por qué lo mató… Y quiere saber qué hacía Su Alteza en aquella casa. También quiere una lista de personas afectas a palacio pero que, presumiblemente, no estén conformes con la coronación de Su Majestad. Yo… temo que mi amigo quiere saber demasiadas cosas.

—Eso parece. ¿Rodol Armenayer? Bueno, él era uno de los mejores hombres con que contaba nuestro servicio secreto. Se dedicaba a eso y al ejercicio de su profesión de abogado.

—Su Alteza es muy amable. ¿Puede informarme algo más?

—¿Informar? No, en el sentido de que informar es decir algo que uno conoce o sabe muy bien. Lo lamento. Todo lo que puedo decir es lo poco que sé. No sé si esto le parecerán informes a su… a su amigo.

—Él entenderá esto, Alteza. Siga, por favor.

—Bien… Armenayer, como le he dicho, era uno de nuestros mejores hombres del servicio secreto. Respecto a sus demás preguntas, solo puedo contestarle con lo que sé. Es decir, lo que hice yo: recibí una… Llamémosla sorprendente llamada de Armenayer, citándome en aquella casa de Mirka Strissa, hacia las seis de la tarde, antes si era posible…

—¿Ya habían robado la corona?

—Sí.

—¿Por eso aceptó Su Alteza tan… extraña cita?

—Desde luego. El resto es simple y desconsolador. Fui allá, la puerta estaba abierta, y entré. A los pocos segundos veía a Rodol Armenayer, muerto. Creo que… que me aturdió demasiado aquel espectáculo. Salí de allí a toda prisa.

—¿No tocó nada?

—No, no…

—¿Por qué?

—No sé. Creo que estaba un poco… asustado. Supongo que eso la decepciona un poco con respecto a mí.

—En absoluto. Solo los locos y los muertos no se asustan, Alteza. ¿Envió usted a los soldados, a recoger el cadáver, a una hora… prudente?

—En efecto. Por cierto, el capitán Barno tuvo un pequeño contratiempo de índole personal. Supongo que su amigo fue el causante.

—No sé a qué se refiere.

—Claro —sonrió Albero de Ausvania—. Usted debía de estar en la Real Opera, sin duda.

—Asistí a la función, en efecto. Y tuve el privilegio de ver a Su Majestad y a Su Alteza.

—¿Le agradó *Marion ou la belle du Tricorne*?

—No demasiado. Me pareció que la soprano forzaba en exceso la voz. Me dio la impresión de estar… resfriada.

—Verdaderamente —aprobó Albero—. Tiene usted un oído perfecto, señorita Montfort. Pero, perdóneme, mi interés está ahora centrado en otras cuestiones, de manera que dejaremos la Opera a un lado…, para mejor ocasión. Dígame, ¿cómo espera su amigo recuperar la corona?

—Lo ignoro.

—Supongo… que pide algo por ello.

—Nada. Ni un centavo… Quiero decir ni un «monarch», Alteza.

—Hum… Es asombroso, ¿no cree?

—Para Su Alteza, quizá. No para mí. Conozco a mi amigo muy bien. Albero encendió un cigarrillo, se acercó al ventanal y permaneció allí casi dos minutos, pensativo. Cuando se volvió, había una sonrisa de desconcierto en sus labios.

—Bien… Es sorprendente esto, ¿no le parece, señorita Montfort? El hermano del rey de Ausvania conversando con una periodista enviada por un espía. No es… protocolario, ciertamente. Pero, en ocasiones, esto del protocolo es… una tontería. ¿No le parece?

—Si Su Alteza lo dice…

—¿Por qué no pide nada su amigo? ¿Por gratitud a mi hermano?

—En efecto.

—¿Él es vanio?

—¿De Ausvania? No. Es norteamericano.

—¿De veras? Más asombroso todo, aún. Creo que le he dicho todo lo que sé, señorita Montfort. Respecto al paradero de la

corona, lo ignoro completamente. Y no se me ocurre ninguna… pista que pueda ayudar a su… a todos, realmente. Pero sí le ofrezco mi incondicional ayuda. Es todo un hecho… sorprendente, en verdad. Pero en las circunstancias actuales, creo que hasta un rey, en beneficio de su país, de su paz, está obligado a… aceptar la ayuda directa y personal de un espía determinado. Por mi parte, cualquier ayuda que usted y su amigo nos presten, será bien recibida… ¿Qué dices tú, Sandor?

Miraba detrás de Brigitte, y la espía se volvió velozmente, sorprendida en verdad. Habría estado francamente feo que un rey se dedicase a escuchar detrás de una puerta o una cortina, pero, simplemente, Sandor III de Ausvania se levantó de un gran sillón cuya espalda había estado vuelta hacia Brigitte, de modo que esta no pudo verlo. Ni se le ocurrió sospechar su presencia.

Pero, apenas verlo, efectuó una reverencia de gala, con toda seriedad, impresionada ante aquel hombre de noble rostro y serena mirada clara, directa, inteligente, casi preclara.

—Majestad…

—Temo haber deteriorado un poco el protocolo —sonrió suavemente Sandor III—. Espero que me perdone, señorita Montfort.

—Oh, Majestad, no es necesario que…

—Su… actitud es en verdad sorprendente. Y la de su amigo… ¿Ni siquiera yo puedo saber quién es?

—Lo siento profundamente, Majestad. Ni yo misma sé su nombre. Solo puedo decir a Su Majestad que hace años se le conocía en Europa con un nombre poco corriente: Número Uno.

—Ah… Sí, sí… ¿Ese hombre es su amigo?

—Sí, Majestad.

—Si no estoy equivocado, Número Uno es… —Pareció un poco perplejo—. Bien, yo diría que por toda Europa corrió la voz de que Número Uno, el mejor espía de todos los tiempos, había muerto.

—Parece que no fue así, Majestad.

—Realmente, señorita Montfort, estoy confundido. No entiendo esto… Pero Albero tiene razón. Si por mí fuese, de un modo personal, esa corona no me preocuparía lo más mínimo. Está valorada en diez millones de «monarchs», pero ese valor intrínseco no me impresiona. Ni impresionaría a mi país. Sin embargo, me

consta que Albero ha movilizado a todo el servicio secreto vanio… sin resultados, hasta ahora. ¿Entiendo que Número Uno me ofrece resultados?

—Sí, Majestad.

—Asombroso. Mucho me temo que mi ayuda personal sería insignificante… Eso, aparte de que el rey de Ausvania no puede ir por ahí buscando su corona…

—No, Majestad —sonrió Brigitte.

—Claro que no —sonrió también Sandor III—. Por tanto, repito lo que ha dicho mi hermano: cualquier ayuda que usted y su amigo nos presten será bien recibida. Y para el logro de su trabajo pueden recurrir siempre que lo necesiten a este palacio. Dinero, consejo local, armas, hombres dispuestos a lo que sea…

—Mi amigo siempre trabaja solo, Majestad.

—Es un sistema infalible para no fracasar jamás. Quizá si yo mismo hubiese vigilado mi corona, no se la habrían llevado.

—Espero que Su Majestad habrá comprendido que ha habido una traición en palacio…

—Es evidente, señorita Montfort. Pero… ¿quién ha sido el traidor? No me atrevería a acusar a nadie. Cuando usted llegue a la salida de palacio, tendrá allá un permiso especial para entrar y salir de él siempre que quiera. Y créame que jamás olvidaremos la ayuda que nos están ofreciendo, triunfen o no triunfen en su empeño. Jamás. Y la constancia de ese agradecimiento quedará escrita en la historia de Ausvania, para los futuros y sucesivos reyes. Gracias por su bondad.

Capítulo VI

—¡Han robado la corona!

William Esley entró en la *suite* de Brigitte, gritando, agitando el periódico. Estaba sofocado, más rojo que nunca su mofletudo rostro. Parecía que apenas podía respirar.

Brigitte cerró la puerta, disgustada consigo misma por haberla abierto sin preguntar quién llamaba. Esley se plantó en el centro del saloncito, esgrimiendo el periódico como si fuese una maza de guerra.

—¡Han robado la corona! —volvió a gritar.

—Ya le he oído, Willie. Supongo que es una broma suya.

—¡Qué broma ni qué…! ¡Tenga, lea esto, lea…!

La espía no tuvo más remedio que tomar el periódico, echar un vistazo a los grandes titulares y adoptar la actitud consternada y asombrada de quien recibe una sorprendente y penosa noticia.

—¡Es inaudito! —exclamó—. ¡Pero esto es espantoso, Willie…!

—¡Por completo espantoso! ¡Y desde ayer, Ausvania está incomunicada con el exterior, en todos los sentidos!

—¡No es posible! ¡No pueden hacer esto!

—¡Pues lo han hecho! ¡Desde luego, presentaré una enérgica queja! ¡No se puede hacer esto con periodistas americanos!

—Oh, claro que no… Es terrible… Terrible, Willie. Esley se calmó, y alzó un brazo protectoramente.

—Usted no debe preocuparse, Brigitte. Aquí estoy yo.

—Gracias, Willie… Creo que esta noticia me ha trastornado… ¿Me perdona lo de anoche?

William Esley frunció el ceño, y se sonrojó. Pero pronto adoptó una actitud menos violenta.

—¿Por qué no? —Sonrió, engallándose.

—Bueno…

En alguna parte de la *suite* sonó de pronto un extraño zumbido,

muy breve. Pareció que Brigitte no lo hubiese oído, pero Esley alzó la cabeza.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El qué, Willie?

—Ese… zumbido. Como un timbre de esos tan discretos… ¿No lo ha oído?

—Pues no… Bien, quizá sí que me ha parecido oír algo, en mi dormitorio… En el baño, diría yo.

—No, no, no… Ha sido aquí, muy cerca de nosotros. ¿Está segura de no haberlo oído?

—Ya le digo que, si acaso, un ruidito raro, hacia el cuarto de baño.

—No creo que sea allí, pero iré a mirar. En estas circunstancias, cualquier cosa podría ser peligrosa. Hasta es posible que a los periodistas nos hayan colocado micrófonos o algo así, por si tenemos algo que ver con el robo de la real corona.

—¡Qué fantasía la de usted, Willie! —Rio Brigitte—. Yo creo que no es nada, pero… estaré más tranquila si usted se asegura bien.

—Comprendo —sonrió fanfarronamente Esley.

Dejó a Brigitte sola en el saloncito, e inmediatamente la espía fue a la mesita donde se veía su bolsito y dos libros abiertos. Sacó del bolsito la radio, y admitió la llamada.

—¿Uno? —susurró.

—Te espero abajo, en mi coche.

—No tardo.

Guardó la radio, recogió la llave de la *suite*, salió de esta y cerró por fuera, sonriendo burlonamente, a punto de reír. Bajó a toda prisa, y segundos después estaba en la calle.

Dobló la esquina de la derecha, vio el imponente Alfa Romeo deportivo, y se metió dentro. Número Uno le ofreció un cigarrillo recién encendido y puso en marcha el coche, alejándose en el acto de aquel lugar.

—Parece que llamé en mal momento —sonrió.

—Estaba Esley conmigo. No he tenido más remedio que dejarlo encerrado en la *suite*.

—Bueno… —sonrió Uno—. Eso puede significar que si no se le ocurre llamar a conserjería para que suban a abrirle, lo encontrarás allá cuando regreses.

—¡No, por Dios! —Se asustó Brigitte—. Espero que tenga imaginación al menos para eso.

—Lo malo es que la gerencia no obtendrá muy buena opinión de ti.

—Esperemos que Willie sepa dar una explicación convincente de su presencia en mi *suite*. ¿Cómo te ha ido el día?

—Muy bien. He descubierto lo que Rodol Armenayer había escrito exactamente sobre el polvo de la mesa: «Rikoria Kals». Es lo único que se parece a las palabras que tú me dijiste… ¿Crees que allá podía poner «Rikoria Kals»?

—Desde luego. ¿Tiene sentido?

—Por supuesto. Es una villa de montaña, en el otro lado del lago. Está en el listín telefónico de la ciudad.

—¿A quién pertenece?

—No he conseguido saberlo todavía. En el listín aparece solamente el nombre de la villa, pero ninguno de persona. Y creo saber por qué.

—Déjame que colabore —sonrió Brigitte—: es una villa que se dedica a alquiler, y puesto que sus ocupantes van cambiando muy a menudo, el propietario que la alquila ordenó poner en el listín el nombre de la villa, no el suyo. Así, el inquilino de turno, con decir que su teléfono es el de «Rikoria Kals», evita muchas confusiones.

—Ajá —sonrió Uno—. Da gusto trabajar contigo. ¿Cómo te fue con Albero de Ausvania?

—Bien. Vi también a Sandor III.

—¿De veras? —Uno la miró vivamente—. Lo que tú no consigas no merece la pena de ser mencionado. ¿Cómo conseguiste esa audiencia?

—Ocurrió que…

Brigitte explicó la entrevista con los personajes reales, con todo detalle, de principio a fin. Cuando terminó, Número Uno asintió con la cabeza.

—Sandor III es un hombre poco corriente. ¿Tienes el permiso de entrada y salida del palacio a tu gusto?

—Me atreví a pedir dos. El tuyo está a nombre de Ivan Ivanov.

—Un nombre ruso… —sonrió irónicamente Uno—. Tienes un formidable sentido del humor. No creo, sin embargo, que esos… pases sirvan de nada.

—Se supone que somos personas corrientes —rio Brigitte—. Y que, por tanto, para entrar o salir de palacio necesitamos pases especiales. ¿Por qué defraudar al rey demostrándole que podemos entrar y salir de su palacio siempre que queramos y como queramos?

—Se llevaría un disgusto —sonrió de nuevo Uno—. En cuanto salgamos de la ciudad apretaré la marcha, pues de otro modo llegaríamos a «Rikoria Kals» de noche.

—¿Y no sería eso lo más conveniente?

—Quisiera tomar unas fotografías, antes de acercarnos completamente.

—Ah. Mmm… He pasado esta tarde consultando algunos libros muy interesantes respecto al protocolo de Ausvania.

—No me digas que si un rey pierde su corona lo derrocan y colocan a su hermanastro en el trono.

—Por el contrario —sonrió Brigitte—. Si a alguien le interesa recuperar esa corona es a Albero; incluso más que a Sandor III.

—¿Cómo se entiende eso?

—Si la corona no aparece, no pasa nada realmente grave. Esto, en el sentido político, se entiende. Sandor III continuaría reinando…, a menos, claro, que parte del pueblo se disgustase mucho y decidiese hacer una revolución. En cuyo caso, los resultados son imprevisibles, y por tanto fuera de nuestras teorías. Ahora bien, si Sandor III muere sin haber sido coronado…

—¿Subiría al trono Albero de Ausvania?

—Parece que desconfías de él —sonrió Brigitte.

—Ya conoces mi opinión respecto al mundo y sus gentes.

—Un inmenso cubo de basura —sonrió de nuevo ella—. Quizá tengas razón. Pero no en este caso…, de momento, al menos. Ocurre que si Sandor III muere sin haber sido coronado, el reino estaría, durante diez años, en manos de un Consejo de Regencia. Diez años es el tiempo que se supone necesario para… preparar al siguiente rey, que sería el primogénito del fallecido; de no existir descendencia directa, el rey sería su familiar más cercano…, si reunía las condiciones necesarias.

—Albero debe de reunirlas, sin duda.

—Sin duda. Pero no creo que sea una idea inteligente estar dispuesto a esperar diez años para ocupar ese trono. Suponiendo

que Albero de Ausvania estuviese haciendo una sucia jugada a su hermanastro, debería dejar que fuese coronado. De este modo, si Sandor III moría poco después, él ocuparía el trono inmediatamente.

—Entiendo. Bien… Parece lógico que Albero quiera recuperar esa corona, a fin de que su hermano sea coronado en la fecha señalada. Esa coronación de Sandor III sería la confirmación de la sucesión en el trono para Albero… ¿No es así?

—Exactamente. Por tanto, no parece probable que Albero tenga nada que ver con el robo de la corona. Es el mayor perjudicado, en realidad, puesto que si Sandor muriese, él tendría que esperar diez años para ocupar el trono… si lo consideraba apto el Consejo de Regencia. En cambio, si Sandor es coronado, Albero se convierte, automáticamente, en su sucesor… Esto, claro está, si Sandor III no se casa y tiene descendientes.

—Parece que Albero tiene pocas probabilidades de ocupar ese trono, ya que Sandor III está… muy interesado en cierta princesita europea. Y se dice que una vez haya sido coronado la pedirá en matrimonio.

—De donde se desprende que es un absurdo desconfiar de Albero de Ausvania, en cualquier sentido. Sin embargo, hay… una cosa curiosa en la historia de Ausvania. Una leyenda.

—¿Una leyenda?

—Sí. Resumida, la leyenda dice que, un día, la corona de Ausvania estará maldita, y entonces deberá cambiar de cabeza, tras materializar su maldición. Fíjate bien que no dice que la corona pasará al o la descendiente del reino, sino que «cambiará de cabeza».

—No sé qué pensar. ¿Qué entiendes tú por eso de «materializar su maldición»?

—Bueno… Parece que en la mayoría de los casos las maldiciones originan muertes o cuando menos desgracias diversas. ¿Has estado todo el día fuera de la ciudad?

—Prácticamente, sí.

—Yo he oído… trozos de conversaciones de la gente… Tengo la impresión de que creen que la desaparición de la corona es el principio de esa maldición. Como consecuencia, hay quien está convencido de que Sandor III ya no vivirá mucho tiempo.

—Eso es absurdo.

—Para nuestra mentalidad fría y objetiva, sí, Uno. Nosotros no creemos en maldiciones, ni en brujas, ni en marcianos… Pero no todo el mundo piensa como Número Uno y como Baby.

—De todo esto, deduzco que si Sandor III muere, nadie se… extrañaría demasiado.

—Exacto.

—Pues, querida, yo tampoco me extrañaría de que Sandor III falleciese… si le metían unas cuantas balas en el cuerpo, o le tiraban una bomba, o lo envenenaban…

—No, no, Uno… No. Esa muerte sería… mmm… mágica.

—¡Mágica! —Rio Uno.

—Quiero decir que sería fulminante, por causas naturales o… sobrenaturales. Pero no debido a nada conocido. Sería… el cumplimiento de la maldición. Simplemente, Sandor III moriría, sin rastro de ninguna clase. Muerte natural… por maldición.

—Parece un chiste inglés —sonrió secamente Uno—. Hay que tener mucho sentido del humor para reírlo.

Brigitte rio, y se ladeó un poco, hasta quedar apoyada en el hombro de Uno, que le pasó un brazo por los suyos, manejando el volante con una sola mano…

* * *

—Ahí la tenemos.

Habían dejado el coche más atrás, para acercarse a pie a la villa de montaña. Era muy hermosa, estaba bien cuidada, con un jardín espacioso, garaje separado, gran porche de madera… Estaba rodeada de aquellas florecillas amarillas que parecían cercar el lago.

Delante de la casa había un auto, negro, grande.

—Parece que hay visitas en «Rikoria Kals» —musitó Brigitte.

—O quizá se disponen a ir a alguna parte con el coche.

—Sí… Pero, sea lo que sea, veremos a alguien salir de la casa. ¿Tienes preparada la cámara?

Uno asintió con la cabeza. Llevaba en una mano una magnífica cámara fotográfica, provista de potentísimo teleobjetivo. Brigitte llevaba unos potentes prismáticos, que también había tomado de debajo del asiento del coche, donde Número Uno tenía un

verdadero arsenal y laboratorio.

Se detuvieron entre un espeso grupo de abetos, a través de los cuales se veía perfectamente «Rikoria Kals» y su jardín. Se acuclillaron los dos, y Brigitte orientó inmediatamente los prismáticos hacia la casa.

—Todas las ventanas tienen las cortinas echadas… —musitó—. No se ve a nadie. No sale humo de la chimenea. El garaje está cerrado… Parece como si no hubiera nadie ahí.

—Esperaremos —dijo Uno.

Ella bajó los prismáticos y sonrió. Uno se había sentado, de espaldas a un tronco, y ella se sentó ante él.

—Me voy a congelar —musitó. Número Uno la abrazó.

* * *

—Alguien sale —avisó Brigitte.

Enfocó inmediatamente los prismáticos hacia la puerta de la casa. Por encima de su hombro apareció el potente objetivo de la cámara fotográfica de Uno.

—Son dos hombres… No. Tres. Uno de ellos no lleva abrigo… Parece que él se quedará en la casa…

Clic. Se oyó el disparo de la cámara, encima de su hombro.

—Se están despidiendo. Los dos que van más abrigados llevan cada uno una cartera de piel…

Clic.

—El más alto está mirando hacia aquí, ahora que se dispone a dirigirse hacia el coche…

Clic.

—Se ha detenido. Parece que sospecha algo…, pero es imposible que nos vea. El otro…

Clic.

—Sí. También se ha vuelto. Las dos carteras de piel parecen idénticas. Se dirigen hacia el coche.

Clic.

—Parece que el más alto es el que conducirá. El coche es un Mercedes 220… Ahora lo mueve… Se ve bien la matrícula, Uno.

Clic.

—El otro está en el borde del porche, saludando con la mano,

pero mirando a todos lados…

Clic.

—Se vuelve de espaldas… Entra en la casa. Ha cerrado la puerta. El coche —los prismáticos se movieron— se aleja por la desviación del oeste. Parece que tomarán la carretera Diecisiete, hacia Suiza… Sí. Eso hacen. No pasarán por la ciudad, sino por el norte de ella… Se aleja… Se aleja… Se aleja…

Bajó los prismáticos y se volvió hacia Uno.

—No podrán salir del país —musitó—. ¿Adónde van, entonces?

—Vamos a mi coche. Los seguiremos de lejos.

Se pusieron en pie y corrieron hacia donde habían dejado el Alfa Romeo de Número Uno, que señaló el volante a Brigitte.

—Yo iré detrás, revelando las fotos.

—No hace falta que obtengas copias —dijo ella—. Revela la película, simplemente. ¿Es el mismo sistema del microfilme que me enviaste?

—Sí. Debería haber usado la Polaroid para obtener fotografías al segundo, pero no sabía cuántas tendría que tirar, y su carga es reducida… No vayas de prisa y evita las sacudidas.

—Bien. Ojalá esto nos lleve a alguna parte… La coronación será mañana, a las once. Tenemos muy poco tiempo.

—Suficiente, para nosotros. No te acerques demasiado a ellos.

—Querido —sonrió dulcemente Brigitte—, soy la agente Baby, ¿recuerdas?

Número Uno se quedó mirándola fijamente, con una sonrisa amable, casi dulce, que solo una persona en el mundo había visto: la propia Brigitte. Era un hombre ceñudo, serio, sobrecogedoramente varonil, de recia estampa con su agresiva mandíbula, sus negros ojos.

—Lo recuerdo.

Y la besó en los labios.

—Allá vamos.

* * *

—¿Ya lo tienes?

—Sí. Veamos quiénes son estos personajes… ¿Estamos todavía en la Diecisiete?

—Así es. Directos a la frontera, querido.

—Tendrán que parar en algún sitio, pues saben que no podrán salir del país. Ve con cuidado… Veamos al primero… No. No lo conozco… Me refiero al que se ha quedado en «Rikoria Kals». Ahora, el más alto… Tampoco… No lo conozco. El tercero…

Número Uno lanzó una exclamación, y se quitó el visor luminoso de delante de los ojos.

—¿Conoces al tercero? —Sonrió Brigitte.

Uno no contestó. Volvió a colocarse el aparato ante los ojos, y estuvo fijando toda su atención en el rostro de aquel hombre, de un modo concentrado.

—Sí… Es él… ¡Estoy seguro de que es él!

—¿Quién es?

—Fedor Sikovian.

—¿Ruso?

—Sí, desde luego… Pero no imagines nada de eso. Fedor Sikovian huyó de Rusia hace un par de años, y desde entonces no se había vuelto a saber nada de él.

—Pero ¿no es un espía?

—Nunca lo fue. Era… o es un ingeniero electrónico y físico.

—¿Un…? ¿Estás seguro?

—Segurísimo. Lo conocí en Moscú, hace unos tres años… Sí… Entonces ya había cierto rumor de que Sikovian quería salir de Rusia, pero, ignoro por qué, la CIA me prohibió acercarme a él, por el momento. Luego, tuve que hacer un trabajo en El Cairo, y durante unos meses me aconsejaron que no entrase en Rusia… Yo todavía estaba en la CIA. Finalmente, estando yo en Hamburgo, se supo que Fedor Sikovian había escapado de Rusia.

—Un ingeniero en electrónica y física… No comprendo. ¿Qué papel puede hacer ese hombre en este asunto de la corona?

—Ni idea. ¿Se te ocurre algo a ti?

—No. A menos que Fedor Sikovian haya sido personaje central de una astuta maniobra de espionaje, concebida hace dos años.

—Lo dudo. Pero todo es posible en nuestra profesión. ¿Quieres ver a estos hombres?

—Ya los vi con los prismáticos. ¿No conoces a ninguno más?

—No… ¿Quiénes serán? Quizá sean vanios. Por lo menos tiene que serlo, supongo, el que se ha quedado en la villa.

—Quizás el más alto también sea ruso —sugirió Brigitte.

—Sí… Quizás. ¿Qué…?

Brigitte había frenado casi en seco, y Uno salió despedido hacia el parabrisas. Frenó el golpe con una mano y miró hacia delante, dirección que señalaba Brigitte.

A lo lejos, en la noche blancuzca con amenaza de nieve, se veían las luces rojas de posición del otro coche.

Es decir, una sola.

—Han girado a la derecha. Ya no van a la frontera.

—Pero estamos muy cerca de ella, apenas a tres o cuatro millas, y… ¡Hay un hotel por aquí cerca! —Recordó de pronto—. Es pequeño, de pocas habitaciones. El… Vandar. Exactamente: el hotel Vandar. Sigue… Y desvíate también a la derecha. Imagino que están dispuestos a alojarse ahí, esperando… Esperando, ¿qué?

—Que abran la frontera, naturalmente.

—Sí, sí, pero… eso puede tardar varios días, o semanas… Ellos no pueden saberlo. ¿Por qué abandonar una hermosa villa que está solamente a cincuenta millas escasas de la frontera, para venir a un hotel a esperar el permiso de salida?

—Deben de querer salir en cuanto abran la frontera. Tres millas se recorren en unos minutos.

—Ya sé. Pero puede ser arriesgado para ellos esperar quizás una semana a que la frontera sea abierta. En «Rikoria Kals» estarían más seguros, y nadie se fijaría en ellos.

—Quizá saben que no han de esperar mucho —susurró Brigitte.

—Pues tendrán que esperar mucho, a menos que la corona sea recuperada…

Se quedaron mirándose los dos. Y solo mirando uno los ojos del otro se entendieron perfectamente.

Número Uno apretó los labios hoscamente.

—Yo me quedaré por aquí…

—Vas a pasar mucho frío…

—He soportado más frío del que hace en Ausvania. Voy a quedarme. Tú regresarás a toda velocidad a la ciudad, y… supongo que no necesitas mis instrucciones.

—No —sonrió Brigitte.

Número Uno se puso el grueso chaquetón y metió en un bolsillo interior la gran automática silenciosa. También la radio, a pesar de

que era muy poco probable que alcanzase la distancia a que se hallaría Brigitte. Esta se quedó con todo lo demás que contenía el coche, incluidas las fotografías tomadas hora y media antes. Número Uno la tomó por los hombros y la volvió lentamente. Brigitte cerró los ojos y entreabrió los labios, para recibir de lleno el beso del espía.

No hubo más palabras.

Después del beso, Número Uno se apeó del coche, y Brigitte maniobró para dar la vuelta y emprender el regreso a la ciudad. Saludó con la mano a Uno, viéndolo borroso a través del empañado cristal. En el cielo se adivinaban ya algunos copos de nieve.

—Adiós… —musitó Brigitte, sabiendo perfectamente que él no la oía—. Adiós, amor…

Y se alejó de allí, notando una fuerte opresión en el pecho y la garganta. Los dos estaban haciendo lo que tenían que hacer, pero a veces… a veces es muy duro ser espía.

Capítulo VII

Albero de Ausvania la recibió en un pequeño saloncito privado. Estaba en verdad sorprendido. Y, al mismo tiempo, esperanzado.

—Observo que no ha tardado usted mucho en utilizar su pase especial de mi hermano, señorita Montfort.

—Alteza, no tenemos tiempo que perder… Es posible que sepa dónde está la corona.

—¿Dónde? —Se sobresaltó Albero.

—En un lugar llamado «Rikoria Kals». Y, si no está allí, tengo todavía otro lugar donde buscar.

—¿Qué lugar?

—Todavía no lo sé con exactitud —mintió—. Mi amigo está siguiendo otra pista. Pero, inicialmente, deberíamos buscarla en «Rikoria Kals». ¿Sabe dónde está?

—Pues no… No lo recuerdo ahora, al menos.

—Es una villa de montaña, cerca de la orilla del lago… ¿Conoce a estos hombres? Permítame que le prepare el aparato visor… Mire ahora, por favor, Alteza.

Albero de Ausvania obedeció, todavía asombrado.

Miró por el visor, y apenas hacerlo lanzó una exclamación que evidenciaba aún más sorpresa.

—¡Torkio!

—¿Quién es? —se excitó Brigitte—. ¿Lo conoce Su Alteza?

—Es… es Torkio Kirw, uno de nuestros mejores hombres del servicio secreto… No comprendo… ¿Qué tiene que ver él con…?

—Siga mirando, Alteza, por favor. Dígame si conoce a los otros dos… Apriete el extremo de la película… Eso es… ¿Los conoce?

—No… No, no.

—¿A ninguno de los dos?

—No… Espere… Supongo que me confundo…

—¿Cree reconocer a uno de ellos? ¿A cuál?

—Yo diría que es… Karl Helmut Dinkle.

—¿Quién? —Parpadeó Brigitte.

—Karl Helmut Dinkle… Es un famoso joyero alemán, que hace algo más de un año estuvo en Ausvania. ¡Estuvo en palacio! Fue llamado para conversar con Sandor respecto a una joya que él quería encargar, con destino a su futura esposa. Sandor quería algo tan especial que no se pusieron de acuerdo… Karl Helmut Dinkle hizo no menos de una docena de diseños, y al final se dio por vencido. Entonces, Sandor recurrió a un joyero francés… De París. La joya en cuestión…

—Perdón, Alteza. Eso no interesa ahora. ¿Tuvo algo que ver Karl Helmut Dinkle con la corona?

—No. En absoluto… Bueno, se le permitió mirarla un par de veces.

—¿Solo mirarla?

—Desde luego. No comprendo esto… Karl Helmut Dinkle y Torkio Kirw… ¿Qué tienen que ver uno con otro? ¿Quién es el tercer hombre?

—Lo ignoro —mintió Brigitte—. Pero mi amigo lo sabrá, más pronto o más tarde. Los está vigilando.

—¿En «Rikoria Kals»?

—No, no… Se fue tras ellos, y yo vine a decirle a Su Alteza que quizá la corona esté en «Rikoria Kals».

—En cuyo caso… habrá que ir a buscarla… ¡Yo me encargo de eso, señorita Montfort!

* * *

—Puede ser muy arriesgado para usted —musitó Albero.

—Si Su Alteza se arriesga, yo también puedo hacerlo —sonrió la divina espía, con expresión ingenua—. Además, quisiera estar presente en la recuperación de la corona, tomar algunas fotos… Oh, si Su Alteza lo permite, claro. Soy periodista, y para mí sería… un gran éxito poder ofrecer a mi editor un reportaje… exclusivo.

—La entiendo —sonrió Albero—. Y creo que eso es lo menos que podríamos hacer por usted. De acuerdo, vendrá con nosotros… ¡En marcha, capitán Willon!

Barno Willon saludó rígidamente y se dirigió al coche de cabeza,

ocupado ya por cinco soldados, uno al volante. Detrás, el coche en el que viajaban, exclusivamente, Brigitte y Albero de Ausvania, con el chófer. Luego, tres coches más, cada uno de ellos con seis soldados.

Los cinco coches abandonaron el recinto palaciego. Albero de Ausvania se había asegurado de que todo se hacía discretamente, sin alarmar a nadie, sin que se viese un excesivo movimiento en palacio. La noche parecía ahora un poco blanca, debido a los pequeños copos de nieve que caían mansamente, como en una música silenciosa.

—El capitán Willon —sonrió Albero— es de una fidelidad a toda prueba. Por eso lo envié a recoger el cadáver de Rodol Armenayer, siempre queriendo… ser discreto. Ahora me arrepiento de haber dado la noticia a los periódicos…

—Todavía no hemos recuperado la corona, Alteza —recordó Brigitte.

—Cierto. Pero si así fuese, podríamos haber evitado el gran disgusto que está pasando toda Ausvania, y una serie de desagradables complicaciones diplomáticas. Bien… Todo perderá importancia si esta misma noche conseguimos recuperar la corona… Por cierto, ¿cómo fue que usted llegó hasta «Rikoria Kals»?

—Cosas de mi amigo…

—¿De Número Uno?

—Sí… Claro, de él. Cuando estuvo en la casa de Mirka Strissa, vio algo escrito en la mesa donde estaba el cadáver de Rodol Armenayer. Y antes de marcharse lo borró, porque no sabía quién llegaba. Luego, estuvo buscando el significado de las dos palabras…, y encontró la villa de montaña llamada «Rikoria Kals». Estuvo allá, fotografió a los dos hombres, vino a decirme que debía avisarlo a usted, y me dio las fotografías… Inmediatamente salió hacia la frontera, según me dijo.

—Bien… Si su amigo no hubiese borrado esas palabras escritas en el polvo, el capitán Willon las habría visto…, y quizás a estas horas tendríamos la corona, señorita Montfort.

Brigitte se mordió los labios, aparentando perfectamente una gran consternación.

—Lo lamento, Alteza.

—Le ruego que me perdone —musitó Albero, como descontento consigo mismo—. De un modo u otro, jamás ningún extranjero ha hecho tanto por Ausvania. Por favor, perdóneme.

—Naturalmente, Alteza.

* * *

Se habían detenido los coches. Albero se apresuró a apearse, y tendió la mano para ayudar a Brigitte. El capitán Barno Willon llegó casi corriendo, procedente del primer coche, y se cuadró con seco taconazo.

—¡A las órdenes de Su Alteza!

—Gracias, capitán. Distribuya a los hombres de acuerdo a lo convenido, cerrando completamente cualquier escape de esa casa. Yo iré allá.

—¡Alteza! —Palideció Willon—. ¡No debería hacer eso, puede ser muy peligroso!

—Capitán Willon —dijo secamente Albero—, ¿está usted sugiriendo que yo no debo hacer nada para recuperar la corona de mi patria?

—No… No, Alteza, no… Pero…

—Agradezco sus intenciones. Pero en esa casa hay un hombre, al menos, que pertenece a nuestro servicio secreto. Y yo tengo algunas preguntas que hacerle.

—Puedo ir con Su Alteza y llevar algunos soldados…

—No. Primero, hablaré con Torkio Kirw. Luego… ya veremos. Barno Willon vaciló, preocupado.

—Espero… que Su Alteza vaya armado, al menos.

—¿Armado, capitán? Bueno, quizá… sería conveniente.

—Su Alteza es un gran cazador, posee una gran seguridad con cualquier arma… Le ruego que acepte mi pistola, Alteza.

—De acuerdo. Pero ojalá no tenga que usarla… Ordene la disposición de los soldados, capitán. Y quiero el máximo silencio. Dentro de cinco minutos yo iré a la casa.

—Procuraré estar lo más cerca posible de Su Alteza.

Dio otro seco taconazo y se alejó. Brigitte estuvo viendo a los soldados deslizándose hacia la casa, silenciosamente, como sombras oscuras bajo la blanca nieve. En menos de tres minutos pareció que

nadie había allí. Solamente, ante ellos, a menos de doscientas yardas, la luz de «Rikoria Kals». Brigitte llevaba colgada del cuello la cámara fotográfica, con el *flash* listo para funcionar.

—Es una imprudencia, Alteza —musitó.

—Ya murió Rodol Armenayer, uno de nuestros mejores hombres… Quiero hacer lo posible por evitar más muertes.

—La gente de esa casa no tendrá tantos miramientos, Alteza. Es evidente que ellos, junto con alguien más de palacio, lo planearon todo. Rodol Armenayer se enteró, citó a Su Alteza en la casa de Mirka Strissa… y fue asesinado antes de poder decir a Su Alteza lo que sabía.

—Sí… Parece evidente. Solo lo parece, señorita Montfort. ¿Va a venir conmigo en el auto? De otro modo, temo que sus fotografías no serán demasiado interesantes.

—¿Se refiere a si hay… pelea, Alteza?

Albero de Ausvania frunció el ceño y miró la pistola que le había entregado el capitán Willon.

—Es una posibilidad que no hay que desdeñar. Y aunque no sea muy propio de un miembro de la familia real, le diré que me gustaría… hacer un poco de justicia por mi propia mano. Lo que más detesto en esta vida son los traidores. Venga en el coche… Pero no salga de él, por su propia seguridad.

—Lo tendré en cuenta, Alteza.

Entraron los dos en el coche, y Albero tomó el volante.

El soldado chófer se había unido a los demás, fusil en mano.

Modernos fusiles de repetición automática, de disparo ametrallador, en realidad.

En pocos segundos, el coche se detenía delante de la casa. Albero se aseguró de que la pistola no se veía bajo el chaquetón de piel, y se apeó, haciendo señas a Brigitte para que se inclinara, se ocultase. Se apeó, y aún no había subido al porche cuando la puerta de la casa se abrió, y un hombre que no era Torkio Kirw apareció en el umbral.

—¡Alteza! —exclamó—. ¿Qué…?

—Quiero hablar con Torkio —dijo fríamente Albero—. Entremos. Sé que está en esta casa.

—En efecto. Naturalmente, pero…

Albero de Ausvania había pasado ya junto al hombre, entrando

en la casa. El hombre parecía asustado, excitado. Cerró la puerta… Brigitte se colocó más cómodamente en el asiento, mirando hacia la ventana iluminada. Pero, como antes, las cortinas estaban echadas, de modo que no se podía ver nada del interior de la villa. La nieve seguía cayendo mansamente…

Preparó la cámara fotográfica con *flash*, dispuesta, realmente, a tomar cuantas fotografías pudiera… En el supuesto de que ocurriera algo interesante.

Sonó el disparo, de pronto, dentro de la casa. Llegó con claridad a oídos de la espía, que se encogió en el asiento y alzó inmediatamente la cámara, hacia la puerta…, pero la desvió a toda velocidad hacia la ventana cuando esta saltó hecha pedazos. El fogonazo del *flash* iluminó brevemente a Albero de Ausvania, saliendo de la casa por el poco protocolario procedimiento de saltar por la ventana llevándose una lluvia de cristales y las cortinas por delante… y algunas balas por detrás.

Su Alteza rodó por el suelo, gritando al clavarse varios pequeños cristales en un hombro. Las cortinas parecían una red que hubiesen atrapado un gran pez, y Albero hacía esfuerzos desesperados por librarse de ellas, en el suelo…, mientras en la casa se oían gritos, y un hombre aparecía corriendo en el porche casi al mismo tiempo que otro quedaba claramente visible en la ventana, pistola en mano…

El de la ventana fue el primero en disparar contra Albero, justo cuando este se ponía en pie y corría en busca de la protección del coche. Posiblemente, salvó la vida gracias a la intervención de Brigitte, que utilizó la única arma de que disponía: el *flash*. Lo disparó apuntando a aquel hombre, y el fogonazo intenso lo sobresaltó en el momento en que disparaba, de modo que la bala acertó solamente un brazo de Albero, haciéndolo girar con fuerza y chocar contra el auto, rebotando, cayendo de espaldas…

El de la puerta había disparado contra Brigitte, contra el fogonazo. La bala dio en el cristal, reventándolo; pasó rozando una mejilla de la espía, dio en el otro cristal, y, ya con menos fuerza, la bala rebotó, clavándose en el asiento, rozando una pierna de la espía.

Y al mismo tiempo, todo esto en menos de dos segundos, la noche blanca pareció reventar en disparos y fogonazos.

Acurrucada en el interior del coche, Brigitte vio a los dos hombres estremecerse, agitarse al recibir las ráfagas de balas. En menos de un segundo, el de la ventana saltó hacia atrás, ensangrentado su torso y toda la cara. El otro pareció clavado contra el marco de la puerta, estremeciéndose a cada nuevo balazo que recibía… Cuando por fin llegó al suelo, estaba acribillado completamente.

Brigitte saltó del coche y se arrodilló junto a Albero, que comenzaba a ponerse en pie, inerte su brazo izquierdo, sangrante. Alrededor de ellos se oía el recio y apresurado pisar de las botas militares, y la voz perentoria del capitán Willon.

—¿Está bien, Alteza?

—No lo sé —gimió Albero—. Desde luego, no demasiado presentable para una fotografía.

Brigitte sonrió, ante la gran presencia de ánimo de aquel hombre.

—¿Y por qué no? ¿Puedo tomarle una, Alteza?

Barno Willon llegaba en aquel momento, blanco como la nieve. Se clavó en el suelo al llegar junto a Albero, y alzó un brazo ante la cámara de la espía.

—¡No! —Prohibió.

—Déjela, capitán —sonrió crispadamente Albero—. Ella se merece este permiso… y mucho más. Ayúdeme a ponerme en pie… Y que la señorita Montfort tome las fotografías que quiera.

Willon ayudó a Albero, y lo sentó en el asiento delantero del coche.

—Su Alteza está herido, y convendría…

—Que registren esa casa, capitán. Todos, incluido usted. No pasen por alto ni el más pequeño rincón.

—¿Su Alteza cree que la corona está ahí?

—Estoy convencido. ¡Regístrenlo bien todo! Y saquen… saquen los cadáveres. Tuve que matar a Torkio Kirw… ¡Era un traidor! Supo que yo lo había descubierto, y quiso dispararme… ¡Quiso disparar contra el hermano del rey! ¡Vaya a la casa, puedo sostenerme yo solo!

—¡A la orden, Alteza!

Brigitte estaba tomando fotografías de todo; los fogonazos de su *flash* estallaban en la blancura lechosa de la noche, haciendo brillar

en un frío tono azul la delgada capa de nieve que se iba formando sobre la roja tierra, sobre las flores y el césped, en las ramas de los abetos…

Los cadáveres fueron sacados de la casa. Tres hombres, en total.

Albero de Ausvania los miraba sombríamente cuando Brigitte tomó la fotografía, de lado, encuadrando los cadáveres y a Albero de Ausvania. Cuando consideró que ya había tomado suficientes fotos, Brigitte se acercó a Albero, ofreciéndole un cigarrillo, que él aceptó casi ávidamente. La sangre goteaba por su mano izquierda, y en el chaquetón se veían todavía clavados algunos cristales, en el hombro. Brigitte los quitó, cuidadosamente…

Estaba en ello cuando el capitán Barno Willon salió de la, casa, gritando a pleno pulmón:

—¡La corona!

De un par de saltos se plantó delante de Albero, mostrando la corona real, sobre una bandeja de plata…

* * *

Sandor III de Ausvania miraba fijamente a Brigitte.

—¿En verdad no puedo pagarle esto… de ninguna manera, señorita Montfort?

—Estoy pagada, Majestad —sonrió la espía.

Albero de Ausvania estaba siendo atendido por el médico principal del palacio, en las habitaciones privadas de Sandor III. A excepción del médico y del capitán Willon nadie más había allí, con los dos últimos miembros de la familia real. La corona se veía en una mesita labrada, todavía sobre la bandeja de plata. Muy pronto, sería examinada por los joyeros del país, que habían enviado a buscar a toda prisa, temiendo una falsificación.

Sandor III parecía abrumado por su propio agradecimiento hacia la espía.

—Pero yo quisiera hacer por usted algo tan… tan hermoso como lo que usted ha hecho por mí. Algo… Lo que sea, señorita Montfort.

—Nada, Majestad —sonrió ella de nuevo—. Es decir…

—¡Sí! —exclamó Sandor III—. ¡Por favor, pídame algo, lo que sea!

—Bien… Dos pequeños favores, Majestad. Uno de ellos, que las

fotografías que yo he consequido sean en exclusiva para mi periódico hasta dentro de dos días. Mi carrera periodística sufrirá con ello un alza considerable… dentro del periódico, ya que solo mi editor sabrá que las he obtenido yo. Lo contrario sería… aparecer un poco como… como espía, Majestad. Más que como periodista, yo aparecería como una espía oportunista que ha intervenido en esto directamente. Y no es ese mi deseo. Las fotografías irán firmadas por una… inexistente agencia, así como un par de artículos… especiales. ¿Puedo hacerlo?

—Le he dicho que me pidiera lo que fuese, señorita Montfort. Y palabra de rey es un hecho consumado.

—Gracias, Majestad. El segundo favor… es todavía más simple. Solamente que Su Majestad me acepte este… pequeño obsequio.

Le tendió su pequeña radio de bolsillo, proporcionada por Número Uno. Sandor III quedó no poco asombrado ante tal presente, pero sonrió con aquella expresión suya tan cordial y humana.

—Resulta que es usted quien me hace obsequios a mí, señorita Montfort.

—No vale demasiado. Pero le ruego a Su Majestad que no se separe ni un segundo de ese aparato.

—No comprendo —parpadeó Sandor III.

—Pero ¿puedo contar con ello?

—Sí… Desde luego.

—Entonces…, eso es todo, Majestad. Con su permiso, me retiraré…

—El capitán Willon la…

—No es necesario. Todo está en calma ahora… Ah… ¿Cuándo dará orden Su Majestad para que sean abiertas las fronteras?

—Mañana, lo más pronto posible, a fin de que puedan entrar en Ausvania los rezagados a mi coronación. Espero… que estará usted presente, señorita Montfort.

—No me perdería tal acto por nada del mundo.

Brigitte hizo una reverencia y retrocedió hacia la puerta, acompañada del apuesto capitán Willon, que ya se veía, por lo menos, con las estrellas de coronel.

Antes de salir, Brigitte todavía captó la mirada de agradecimiento del rey y la especial sonrisa, no poco dolorida, de

Albero.

En la antecámara había los más importantes personajes del reino, que recibirían la orden real de no comentar en absoluto la intervención de la «periodista» Brigitte Montfort en la recuperación de la corona.

Afuera, en el gran pasillo, una guardia reforzada, a través de la cual Barno Willon, erguido como un ciprés, acompañó a la espía. Fue con ella hasta el Alfa Romeo de Número Uno, y allá saludó con uno de sus secos y rotundos taconazos.

—Siempre a sus órdenes, señorita Montfort.

—Muchas gracias, capitán —sonrió la espía internacional—. Ya nos veremos, espero.

—Será un placer.

Brigitte puso el coche en marcha, y el oficial dio un paso atrás, con otro taconazo. Segundos después, el Alfa Romeo rodaba hacia la salida principal de palacio.

Y una vez fuera de este, Brigitte apretó a fondo el acelerador, dispuesta a sacar la máxima velocidad al formidable coche de Número Uno.

Tenía que correr mucho, avisarlo a tiempo. Porque, en el fondo de su inteligencia, la agente Baby estaba convencida de que aquel caso no había terminado con la recuperación de la corona real.

Capítulo VIII

El coche se detuvo con seco frenazo en las cuatro ruedas, pero se deslizó todavía un par de yardas sobre la capa de nieve. Brigitte lanzó un haz de luz hacia delante, con los faros. Luego, las apagó, paró el motor y encendió un cigarrillo.

El hotel se veía como a cien yardas, y tan solo había una luz en la entrada. Ni una sola en las ventanas, o en el comedor con vistas a las nevadas montañas del sur. Únicamente la nieve acompañaba a Brigitte en la silenciosa espera tensa, casi angustiada. La idea de que había llegado tarde fue como un impacto brutal en pleno corazón. Apagó el cigarrillo, siempre mirando hacia delante. Transcurridos apenas dos minutos, su impaciencia era tan grande que estuvo tentada de tocar el claxon, o lanzar de nuevo destellos de luz… Optó por disparar el *flash*, lanzando sobre la nieve un vívido resplandor azulado, pálido…

Y casi en ese mismo instante oía el golpecito en el cristal de la otra portezuela. La abrió, suspirando, y Número Uno se sentó a su lado.

—¿Tomando fotografías? —bromeó sombríamente.

—Uno, ya tenemos la corona. Fue… terriblemente fácil. Pero yo creo que no está todo solucionado. Mi opinión…

Número Uno la hizo callar besándola en los labios. Luego, la miró, sonriente su rostro del color de la nieve.

—¿Estás dispuesta a hacer una pequeña escalada?

—¿Qué ha ocurrido?

—Ven. Entraremos subrepticiamente en el hotel. Es una cosa fea, pero lo haremos.

Brigitte no preguntó ni dijo nada más. Se apeó, cerró el coche y se colocó junto a Uno, casi tiritando. El espía le pasó un brazo por los hombros, y caminaron hacia el silencioso hotel. Justo dando al lugar donde se había detenido el coche había un balcón corrido, de

madera, como a catorce pies de altura. Número Uno enlazó sus manos, cruzando los dedos, y se encorvó un poco. Brigitte tampoco necesitaba explicaciones para aquello. Puso su pie derecho en aquellas manos, se asió a los hombros de Número Uno, y asintió con la cabeza.

—Ya.

Uno la lanzó hacia arriba, con toda la fuerza de sus brazos fortísimos, al tiempo que Brigitte se impulsaba también con la pierna izquierda. El resultado fue un salto increíble, casi un vuelo, más que suficiente para que las manitas de Baby se aferrasen al borde inferior del balcón. Tres segundos después, se hallaba en este, mirando hacia abajo, hacia Número Uno, que tras escalar la pared de grandes piedras hasta el ventanal, saltaba desde este hacia el borde del balcón. Tuvo un largo movimiento pendular, y luego, con el mismo impulso de regreso, se alzó sobre la barandilla, y cayó silencioso como un felino en el balcón.

Fue hacia la segunda puerta-ventana que daba allí, y la empujó, sencillamente. Brigitte entró y se quedó inmóvil. Uno se aseguró de que las cortinas estaban corridas, pero, además, cerró las contraventanas de madera. Brigitte supo que se separaba de ella, y segundos después la luz se hizo.

Y el cuadro que iluminó no era en absoluto agradable.

Había dos hombres tendidos en el suelo, y otro en la cama. Los del suelo estaban muertos, echado uno encima de otro, como si fuesen basura. El de abajo tenía los ojos abiertos, y un hililllo de sangre en la boca. El otro estaba caído de bruces encima, con una fea mancha de sangre en un lado de la cabeza.

Sin inmutarse, la espía caminó hasta colocarse junto al que estaba en la cama. Tenía dos manchas de sangre en el pecho, pero su pulso latía todavía, tan débilmente que parecía imposible. Este hombre era Fedor Sikovian. Los otros dos, los del suelo, eran completamente desconocidos para Brigitte.

—¿Y el otro? —musitó—. Se llama Karl Helmut Dinkle. Alemán. Es un joyero.

—Era… —susurró Uno—. Lo mataron. Y Fedor Sikovian no vivirá mucho. De cuando en cuando dice alguna palabra, pera no consigo entenderla… Habla en ruso, por supuesto. Pero ni el ruso más idiomático de toda la URSS podría entenderlo.

—¿Qué pasó exactamente?

—Me dediqué a vigilar por fuera del hotel, hasta que se me ocurrió la idea de que quizás el peligro ya estaba dentro. Y así era, lo siento. Primero entré a ver a… al joyero, Helmut Dinkle. Ya me alerté cuando no hubo reacción mientras hurgaba en la cerradura con la ganzúa. Cuando abrí, ya me esperaba algo así, y vine corriendo hacia aquí. Creo que casi me crucé en el pasillo con esos dos —señaló a los cadáveres del suelo—. Entré aquí justo cuando estaban disparando contra Fedor Sikovian… Me oyeron, quizá se pusieron un poco nerviosos, y no fueron tan eficientes como con Helmut Dinkle. Tuve que matarlos.

—Supongo que no lo lamentas.

—En absoluto. Lo pasé bien… Siempre es hermoso matar cerdos asesinos.

—¿De manera que ellos estaban esperando a Sikovian y a Dinkle?

—Evidentemente.

—¿Los has registrado?

—Son vanios… He dejado sus cosas en sus bolsillos, pero no te molestes: no te dirán nada sus documentos u objetos de uso personal. En cambio, sí es interesante el contenido de las carteras de Sikovian y Dinkle. Échales un vistazo. —Las señaló, sobre una silla—. Llevaban documentación falsa, desde luego. Fedor Sikovian, documentación suiza. Karl Helmut Dinkle, holandesa.

Brigitte había abierto una de las carteras. Billetes americanos. Dólares. La otra contenía lo mismo.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Quinientos mil cada uno.

—Buen pago… si hubiesen podido disfrutarlo. ¿Estás bien, Uno? ¿Completamente bien?

—Completamente —aseguró el espía—. Si no me mataron aquella vez en Atenas, es que mi piel puede soportarlo todo. Pero, además, no les di tiempo de nada. ¿Cómo han ido las cosas por «Rikoria Kals»?

—Había tres hombres, que se supone eran traidores. Albero de Ausvania mató a uno, y los soldados que nos acompañaron, a los otros dos. Albero entró solo, porque quería…

Brigitte le contó lo sucedido a Uno, mientras este encendía dos

cigarrillos, y le ofrecía uno. Cuando ella terminó el relato de lo ocurrido en «Rikoria Kals», los dos quedaron pensativos, hasta que Número Uno musitó:

—Todos muertos… Todos los que han intervenido en esto han muerto: Rodol Armenayer, Torkio Kirw y los otros dos, Fedor Sikovian, Karl Helmut Dinkle, estos dos puercos… Ha sido una buena limpieza.

—No me gusta —musitó Brigitte—. No me gusta nada esto, Uno.

—Hay algo raro, desde luego —admitió Uno—. Pero… ¿qué? Han muerto los traidores, la corona ha sido recuperada… Todo terminado, la pista se nos ha cortado.

Brigitte señaló a Fedor Sikovian, cuya palidez era ya la de un cadáver.

—Queda él. Es un hombre muy fuerte… Quizá se salve.

—Imposible —negó rotundamente Uno—. Del todo imposible. No podrá ver el nuevo día. Ni siquiera aunque llamásemos a un médico. Lo único que podemos hacer es esperar… Quizá diga algo que podamos entender.

Brigitte se sentó en el borde de la cama, y tomó una mano de Fedor Sikovian. El pulso apenas se notaba, si bien de cuando en cuando parecía acelerarse, fortalecerse. Un hombre en verdad fuerte, pero…

—Fedor… —musitó dulcemente la espía—. Fedor, ¿me oye?

No. Fedor Sikovian, por el momento, no podía oírla.

* * *

—¿Qué hora es?

—Las siete y media… Será de día muy pronto. Y tendremos que marcharnos de aquí, Brigitte.

Ella volvió a tomar la mano del herido. El pulso seguía latiendo. Tocó la frente, y la encontró fría…

—Va… Valentina… ¿Eres… eres tú, hija…?

La voz de Fedor Sikovian brotó ronca y baja, apenas audible. Brigitte cambió una veloz mirada con Número Uno, y se inclinó hacia el rostro del ruso.

—Sí… —susurró—. Soy Valentina, padre…

—No… no comas… tanto… chocolate…

—No, padre —hablaba en ruso Brigitte—, no comeré tanto.

—Tu madre... siempre decía... que el chocolate no... no es bueno para... para...

Se calló. Número Uno también se había inclinado sobre él, casi con una oreja sobre la boca del ruso.

—Padre... —llamó dulcemente Brigitte—. ¿Qué ha pasado con la corona de Ausvania?

—La corona... La robaron...

—Sí, lo sé. ¿Quiénes la robaron?

—Cinco... cinco hombres muy... importantes de... del palacio... Ellos la robaron..., y yo tenía... tenía que... que... que...

Quedó de nuevo silencioso. De pronto abrió los ojos, que quedaron fijos en el techo, hieráticos, inexpresivos.

Brigitte volvió a pasarle la mano por la frente. Sabía que aquello reavivaba el recuerdo de Valentina, la hija de Sikovian. Quizá de alguna vez en que Fedor Sikovian había estado enfermo...

—Padre, ¿qué habéis hecho con la corona? ¿Qué pasará o qué pasa con ella? ¿Por qué te han dado tanto dinero americano?

—Es... para nosotros, hija... Nos iremos... a Canadá, como... como siempre soñamos...

—Sí... Sí, padre... Dime, ¿qué hiciste con la corona? ¿Qué tienes tú que ver con ella? ¿Y el joyero alemán? ¿Habéis hecho una corona falsa, padre?

Una sonrisa se crispó en los secos labios del moribundo.

—No... no creas tan... burdo a tu padre, Valentina... Sikovian... Centígrados... Humano...

Se perdían las palabras en la ronquera de la agonía. Brigitte estaba casi sudando de angustia.

—Padre, no te entiendo...

—... Grados centígrados... Escala centígrada... Tre-treinta y seis y medio... La perla mayor...

Brigitte y Número Uno cambiaron una desesperada mirada de desconcierto.

—¿La perla mayor de la corona, padre? —preguntó Brigitte al azar.

—Claro... El cuerpo... humano tiene... tiene...

—Treinta y seis grados centígrados de temperatura —dijo rápidamente Brigitte—. ¿Qué más? ¿Qué más, padre?

—La… corona… Perla… Joyero hizo también… buen trabajo con perla… Centígrados… Abre… abre… Mi trabajo… físico… físico mejor del… Trabajo… Se ponga la corona… Perla…

La voz, tenue, dejó de oírse de pronto, siendo sustituida por un corto y seco ronquido de Fedor Sikovian, cuyos ojos quedaron fijos en el techo. Apenas si la barbilla se hundió un poco más. Eso fue todo.

—Ha muerto —dijo Brigitte.

—Tenemos que marcharnos. Ya nada podemos hacer aquí, Brigitte. Aprovechemos estos últimos minutos de oscuridad.

Cogió las dos carteras y señaló hacia el balcón. Brigitte asintió con la cabeza, y Uno apagó la luz del cuarto. Luego abrió el balcón, y salieron los dos. Número Uno tiró las dos carteras abajo, y luego pasó por la barandilla y quedó colgando, con los pies a dos yardas del suelo. Brigitte también pasó la barandilla, se deslizó por el cuerpo de Uno como si este fuese una cuerda, y se soltó, a menos de dos pies del suelo. Inmediatamente, Número Uno se dejó caer desde dos yardas en una perfecta flexión de piernas. Recogieron las carteras y echaron a correr hacia donde habían dejado el coche, que estaba parcialmente cubierto de nieve. Número Uno se dedicó a quitarla a manotazos, mientras Brigitte entraba en el vehículo, con las carteras. Poco después, Uno entraba en el coche.

—Vámonos. Tenemos cincuenta millas largas por delante.

El motor respondió al segundo intento. Afortunadamente, el anticongelante del aceite actuó bien, y el rumor del motor se fue haciendo claro, diáfano, limpio. Brigitte sacó el coche del grupo de abetos, hasta el camino… Antes de llegar a la carretera Diecisiete, el Alfa Romeo había patinado ya media docena de veces, lanzándose hacia los abetos de los lados.

—¿No llevas cadenas?

—Sí. Pero sigue así hasta la carretera. Quizás allí sea más fácil rodar. Fue peor. Sobre las capas de nieve prensadas de la carretera, el coche resbalaba más. En, algunos puntos, la nieve se había helado parcialmente, y los patinazos se sucedían con tal frecuencia que Número Uno tuvo que resignarse.

—Pondré las cadenas —masculló.

—Te ayudaré.

—No. Hace mucho frío, y no quiero…

—Oh, vamos, Uno. —Ella le besó en los labios, sonriendo—. Me estás tratando como a una niña inútil. Por frío que haga, mi temperatura corporal será la misma, ¿no?

Uno encogió los hombros.

—Espero que sí —sonrió—. Es una temperatura muy agradable.

Se apearon los dos, riendo.

El coche había quedado en un lado de la carretera. Número Uno sacó el gato y las cadenas, y los dos pusieron manos a la obra. Cuando terminaron, las manos de Brigitte estaban moradas de frío, de modo que Uno se puso al volante, resoplando, echando espesos chorros de vaho por la nariz.

Había dejado de nevar, pero el frío era muy intenso. Por el oeste se veía una claridad que anunciaba al escondido sol…

—Quizás haga sol para las once —dijo Brigitte—. Hoy es un gran día para Ausvania, y para Sandor III. Debería hacer sol.

Número Uno miró su reloj.

—Llegaremos casi a las diez, ya que no podremos correr mucho con las cadenas.

—Así tendremos tiempo de pensar. ¿Qué querría decir Sikovian con aquellas palabras? Grados centígrados, calor de cuerpo humano, o temperatura… La perla… Se ponga la corona…

—Cualquiera sabe qué pensamientos había en la cabeza de ese físico.

—Sí… Cualquiera. Físico… La Física… ¿no tiene algo que ver con el calor?

—Bueno… No entiendo demasiado de estas cosas, pero, desde luego, hay temperaturas que producen determinados fenómenos físicos.

—¿Qué clase de fenómeno puede producir la temperatura del cuerpo humano?

—No sé. Depende de sobre qué cosa actúe. No sé.

—Supongamos que actúa sobre una perla.

—Pues no pasaría nada. —Uno miró vivamente a Brigitte—. ¿Qué estás pensando?

—Fíjate bien, querido: un joyero muy experto, un ingeniero electrónico y físico, una perla, la temperatura del cuerpo humano… Y sus palabras: se ponga la corona… ¿Querría decir «cuando se ponga la corona»?

—Es posible… ¿Crees que ocurrirá algo cuando Sandor III se ponga, la corona?

—Eso debía de saberlo Fedor Sikovian. Lo cierto es que Sandor III, lógicamente, tendrá una temperatura normal, de treinta y seis grados y medio centígrados. Calor y física. Perla y Helmut Dinkle… Esto tiene que ligar de un modo u otro… Y luego… ¡fue realmente tan fácil recuperar la corona! Pudieron sacarla del país en helicóptero, por piezas, incluso… Y no. Estaba allí, muy cerca de palacio, en bandeja de plata… Y todos los que han intervenido están muertos… ¿Qué sucederá cuando Sandor III se ponga la corona?

—Quizá le caiga encima esa maldición de la leyenda —sonrió Uno.

Y en aquel mismo instante respingó, y volvió la cabeza hacia Brigitte, que se había crispado en el asiento. Durante unos segundos estuvieron así, estupefactos, sin prestar siquiera atención a la marcha del coche…

—Deprisa… —susurró Brigitte—. ¡Deprisa, Uno! ¡Y dame tu radio de bolsillo!

* * *

—¿Majestad?

—Señorita Montfort —se oyó la voz de Sandor III por la radio—, este es un aparato muy útil, pero tendrá que perdonarme. Comprenda que no puedo…

—¿Está solo Su Majestad?

—¡Por supuesto que no! Son casi las diez, señorita Montfort. Dentro de una hora tendré que…

—Perdón… Perdón, Majestad. Debo verlo antes de su coronación.

—Imposible… ¡Imposible! Compréndalo… Esto no es un juego de niños. Una coronación real…

—Debo verlo —insistió Brigitte—. Majestad, si no tenemos una entrevista antes de su coronación, no habrá tal coronación. Es decir, la habrá… Pero ese será el final.

—¿El final de qué? Mire, señorita Montfort…

—¡Es su vida la que estoy tratando de salvar!

—Bien… ¡Explíquese!

—No ahora, y por la radio… Además, nos están oyendo… Envíe al capitán Willon a recogerme a la entrada de palacio. Y dele instrucciones para que me lleve, por el camino más secreto o discreto, a la cámara de Su Majestad. Y ordene que la corona sea llevada a su cámara. Asimismo, deberá estar el hermano de Su Majestad y los principales personajes políticos de su país.

—¡Eso es imposible! —exclamó Sandor III—. Sé cuánto le debo, pero no puedo…

—Un rey puede hacerlo todo, Majestad. Y si no hace lo que le he pedido, Su Majestad morirá hoy mismo. Voy hacia palacio.

* * *

El capitán Willon estaba esperando en la entrada de palacio, y subió inmediatamente al Alfa Romeo cuando Brigitte lo llamó por señas.

—Su Majestad me ha ordenado que la…

—Ya sé. A toda prisa, capitán. Indíqueme el camino.

—Hacia el ala derecha. El camino es fácil.

En menos de tres minutos estaban junto al palacio. Barno Willon señaló una de las puertas laterales, casi tan grande como la principal. A su paso, los soldados de guardia se cuadraban enérgicamente. Entraron en palacio, y, siempre guiando el joven capitán, llegaron por una estrecha escalera hasta el primer piso. Entraron en una habitación no demasiado grande, y Willon abrió la puerta que se veía dentro, a la derecha. Otra sala. Otra puerta. Otra sala. Otra puerta…

Brigitte efectuó una reverencia ante el rey de Ausvania, que la miraba con el ceño fruncido.

—Son las diez y cuarto, señorita Montfort. Espero que todo el trastorno que ha ocasionado en nuestro protocolo, en nuestro…

—Quedará justificado, Majestad. ¿La corona…?

Dos hombres de los catorce o quince que había allí, algunos con uniforme militar y todos de gran gala, se apartaron, y Brigitte vio la corona, sobre un almohadón de raso rojo, con el escudo de Ausvania en las cuatro puntas. Cerca de ella, erguido, con el brazo herido en cabestrillo, pero impecable en lo posible, estaba Albero de Ausvania, un tanto pálido. Era el héroe del momento, el hombre

que se había jugado la vida para recuperar la corona para su hermano. Así lo decían todos los periódicos de la nación.

—Majestad, ruéguele a su hermano que se ponga la corona.

—¿Cómo? —exclamó incrédulamente el monarca—. Señorita Montfort, esa corona no puede ceñirla nadie más que el rey.

—Abdique en su favor, por unos minutos.

Hubo un murmullo mal contenido en la cámara real. Sandor III de Ausvania enrojeció de irritación.

—Le suplico, señorita Montfort, que abandone esta cámara. Las genialidades americanas no sientan bien en nuestro sistema de…

—Mi genialidad, Majestad, está salvando su vida. Yo misma coronaré a Albero de Ausvania.

Cogió la corona, y esta vez el murmullo de las presentes fue de horror, de auténtico espanto. Un cañonazo en la cámara real no habría producido efectos tan devastadores. El estupor fue tal que nadie pudo impedir que la corona quedase en las manos de la espía, la cual avanzó un paso hacia Albero.

—Ciña la corona, Alteza —dijo fríamente.

Albero de Ausvania retrocedió un paso, más pálido que antes.

—¡No! Usted… usted está loca…

—Yo misma se la pondré, Alteza. Por favor, incline la cabeza.

Se había acercado más, y Albero saltó hacia atrás, con expresión desorbitada, casi temblando de espanto.

—¡No se acerque! —gritó—. ¡Capitán Willon, saque de aquí…!

—Un momento… —Sonó la voz de Sandor III—. ¿Qué está ocurriendo, Albero?

—¡Ordena que echen de aquí a esta mujer! —chilló Albero.

Pero Brigitte se acercaba a él, sin detenerse. Y Albero iba retrocediendo, tan blanco como la nieve de los tejados de Ausvania. El espanto ante el gesto de Brigitte había cedido en los presentes, y ahora contemplaban asombrados la insólita escena, dándose cuenta del miedo con que Albero había retrocedido la primera vez, y del cual aún no se había recuperado, si bien intentaba disimularlo.

—Esta mujer —recalcó Sandor III— hizo posible la recuperación de la corona. Y no pidió nada, por lo que me veo obligado a complacerla en esta ocasión… Abdico en tu favor, Albero.

—¡No!

—¿Por qué no? —entornó los ojos el monarca—. Seguramente,

serás un buen rey… Siempre me pareció que te habría gustado ocupar el trono. Pues bien: ya eres rey. Ahora, pruébate la corona.

—¡No quiero ser rey! ¡No quiero! —Miró a Brigitte—. ¡No se acerque más!

—Capitán Willon —musitó Sandor III—, ayude a la señorita Montfort a ceñirle la corona a mi hermano.

—¡A la orden, Majestad!

—¡No! —chilló Albero—. ¡No, esto es una locura, estamos destrozando nuestro protocolo, nuestras rígidas reglas…! ¡No!

Willon se había acercado a él, pero Albero saltó, intentando correr hacia la puerta. Un fornido general de cabellos grises y un paisano no menos fornido lo sujetaron fuertemente, y, ayudados por Willon, lo sentaron en un sillón. Albero comenzó a gritar con todas sus fuerzas, pero Sandor III, tan pálido como su hermanastro, estaba comprendiendo al menos parte de la verdad.

El miedo se anudó en tal forma a la garganta de Albero de Ausvania, que parecía a punto de ahogarse en su propia saliva. Ni siquiera podía gritar, pero sus ojos estaban fijos en aquellos femeninos, tan azules, y que ahora parecían dos trozos de hielo. Albero de Ausvania vio en ellos tal expresión, que comprendió que aquella mujer no era lo que parecía. Había algo dentro de ella…, algo terrible, estremecedor. Y tan aterrador, que el hermanastro del rey se notó como seco, paralizado…

Temblando todo su cuerpo bajo la fuerte presión de aquellos brazos, vio la corona sobre su cabeza, todavía en manos de la periodista americana. Parecía en estado de *shock*, pero lanzó un alarido cuando la corona se posó en sus sienes.

Por un instante, quedó rígido. Solo un segundo. De pronto, se relajó completamente, quedando como un pingajo, colgando la cabeza hacia un lado… Hubo un tétrico silencio, hasta que uno de los hombres presentes se adelantó y tomó la mano de Albero. Los demás parecían todos petrificados, sin hacer caso de la corona, que había rodado por el suelo.

El hombre miró al rey.

—Está muerto, Majestad —tembló su voz.

—Entonces… era yo quien iba a morir…

Brigitte asintió con la cabeza. Recogió la corona, sujetándola por una de las agujas, y tendió la mano.

—Necesito un encendedor, caballeros.

—¿Un… un…?

Willon fue quien se lo tendió, recibiendo a cambio una sonrisa. Ante la expectación de todos, Brigitte fue aplicando la base a las perlas grandes que adornaban la corona casi en su base… Y al calentar la quinta, la perla se abrió, y una finísima aguja apareció velozmente, desplegándose como un telescopio. Brigitte retiró el encendedor de la perla, y esta se cerró. Volvió a aplicar la llama, y la aguja telescópica reapareció, en otro velocísimo pinchazo al aire.

—Es una aguja envenenada —explicó la espía—. Con un veneno fulminante, como han podido comprobar. La perla ha sido construida por Karl Helmut Dinkle. Es decir: tras encontrar una perla idéntica a la verdadera, la cortó y la ahuecó. Un año de trabajo, señores. La aguja y su mecanismo es obra de Sikovian, ingeniero electrónico y físico ruso. Juntando los trabajos de estos dos hombres, tenemos esta sorprendente perla asesina, que se abre, dejando salir la aguja cuando el calor que recibe rebasa los treinta y seis grados centígrados… Es decir, que se abre cuando recibe el calor de un cuerpo humano a temperatura normal. Un trabajo admirable en sí mismo, prescindiendo del fin que perseguían. Un trabajo tan perfecto que ni los joyeros de Ausvania pudieron notar nada raro en la corona en general, ni en la perla en particular. Un trabajo que ha llevado todo un año, y por el cual cada uno cobró quinientos mil dólares americanos. Un trabajo que fue pagado por Albero, Majestad.

Sandor III estaba lívido, pero se mantenía sereno.

—Así se ha comprobado. Y le… agradezco que lo haya matado usted, señorita Montfort. Habría sido horrible tener que condenar a muerte a mi propio hermano…

—Él lo condenó a usted. Cinco hombres, que ya están muertos, trabajaban con él. Rodol Armenayer era fiel a Su Majestad, y cuando se enteró de lo que sucedía entre esos cinco hombres, llamó a Albero a una casa de Mirka Strissa, sin sospechar ni remotamente que quien había fraguado el robo de la corona era el mismísimo Albero. De modo que Albero fue allá y lo mató. Posteriormente, dijo que lo había encontrado muerto, pero mentía. Lo mató él mismo, y luego, para que la corona fuese encontrada, escribió sobre el polvo el lugar donde estaba: «Rikoria Kals». Esto lo hubiese leído el

capitán Willon si… si mi amigo no lo hubiese borrado. Pero, puesto que el capitán Willon no pudo ver aquello, Albero tuvo un fallo en sus propósitos… No obstante, yo le ayudé, y también mi amigo. Debió de parecerle magnífica nuestra ayuda, y no tuvo dificultad en matar a Torkio Kirw. Saltó por la ventana, los otros dos comprendieron que los estaba traicionando, y cuando salieron a perseguirlo fueron acribillados por los soldados. Albero de Ausvania quedaba convertido en un héroe. Un héroe al que todos pedirían que ocupase el trono cuando Su Majestad falleciese en el momento de ceñirse la corona, víctima de la… maldición que cita la leyenda. Por eso, él y sus cómplices de palacio robaron la corona: para que Karl Helmut Dinkle pudiese engarzar la perla que contenía el invento del físico ruso Fedor Sikovian. Una vez hecho esto, había que encontrar la corona, claro. Y cuando el rey muriese, no habría sido en atentado, ni un asesinato más o menos claro… No. Habría muerto por la maldición de la corona. Y nadie podría ver, entre sus cabellos, el diminuto pinchazo de la aguja envenenada, escondida de nuevo en la perla. Una maldición que se cumple, un nuevo rey. Y ningún testigo, ya que habrían muerto los de «Rikorian Kals», Fedor Sikovian, Karl Helmut Dinkle… Y cuando los dos hombres que mataron al ruso y al alemán hubiesen regresado, Albero los habría matado también, y habría recuperado el millón de dólares que ha debido de ir reuniendo lentamente, en billetes americanos. Un trabajo lento, elaborado día tras día, durante un año o más. Un trabajo implacable. Luego, Albero de Ausvania sería el nuevo rey, cumpliéndose la leyenda de que la corona tenía que cambiar de cabeza.

—El rey ha muerto… —musitó Sandor III—. ¡Viva el rey! ¿No es eso, señorita Montfort?

—Sí, Majestad. ¿Me permite su pistola, capitán?

Barno Willon no vaciló ni un instante. Y con su pistola Brigitte arrancó a golpes aquella perla mortal, que finalmente se partió en pequeños pedazos y en polvo, dejando ver el minúsculo aparato ideado por Fedor Sikovian.

Luego, Brigitte colocó la corona sobre el almohadón rojo, y miró a Sandor III.

—El rey ha muerto, ¡viva el rey! —Sonrió secamente—. Así lo decimos los ingleses, Majestad. Pero me parece demasiado cruel,

casi una burla. En cambio, en español suena casi como una broma, pero del mismo modo expresivo: a rey muerto, rey puesto. Pronto serán las once, Majestad.

Sandor III tragó saliva y asintió con la cabeza.

—¿Y su amigo… Número Uno?

—Él está bien, esperándome fuera de palacio, o quizá mezclado con la gente que asiste a la coronación. Y yo, Majestad, con su permiso, me retiro —sonrió dulcemente—. No quisiera perderme la coronación. Apuesto a que será muy interesante. En cuanto a la perla que falta en la corona, nadie lo notará. Y más adelante, ya se sabe: a perla rota, perla nueva. Con su permiso, Majestad…

Este es el final

El Alfa Romeo se detuvo en la entrada a las salas de espera del Aeropuerto Internacional de Ausvania. Número Uno quitó las manos de sobre el volante y volvió la cabeza hacia Brigitte.

—Aquí nos despedimos —musitó.

—Sí… Aquí nos despedimos, Uno.

—¿Lo tienes todo? ¿No te olvidas nada?

—Llevo mi equipaje, y todo lo referente a la coronación está ya en Nueva York, en manos de mi iracundo jefe. Todo está bien. Y la coronación fue muy hermosa. Lástima que el hermano del rey no pudiera asistir, por infección mortal de su herida al salvar tan heroicamente la corona.

—Sí —sonrió sarcásticamente Número, Uno—. Ha muerto un héroe. Es gracioso, ¿no te parece? Por cierto, ¿cómo salió el gordito de tu *suite*?

—¡No me hables de él! Lagarto, lagarto… ¡Espero que no se haya enterado de que salgo en este vuelo! ¿Cómo salió? Pues llamando a conserjería. Tuvieron que abrirle con la llave de la dirección.

—¿Qué explicación dio?

—Una tan larga y complicada que el gerente aún está preguntándose si él está loco, o el loco es míster Esley. Si quieres que te diga la verdad, ni yo misma entendí lo que él dijo haberle contado al conserje y al gerente.

—¿Y qué te dijo el gordito a ti?

—Le pedí perdón por haber tenido que salir precipitadamente, sin acordarme de él, y dijo… Oh, Uno, ni a ti ni a mí nos importa lo que dijera ese hombre, ni lo que crea el gerente, ni nada de nada…

Se abrazó a él, y Número Uno tomó aquellos labios tiernos, frescos y suaves como seda Luego, se quedaron mirándose, y Brigitte hizo una muequecita que quería ser una sonrisa.

—Faltan… pocos minutos para que despegue el avión…

—Feliz viaje —musitó Uno.

Brigitte parpadeó. Pareció a punto de decir algo más, pero de pronto se apeó. Dos mozos del aeropuerto aparecieron enseguida junto a ella, haciéndose cargo del equipaje. Cuando se alejaron, Brigitte se inclinó hacia la ventanilla, y su rostro quedó frente al de Número Uno, tostado por el sol, sombrío, ceñudo.

—Hasta siempre, Uno.

Él no contestó, y ella le besó en los labios, deslizó un dedito por la recia barbilla… y de pronto se incorporó, dio media vuelta y se alejó. Ya no volvió la cabeza ni una sola vez.

Estaba ya en el avión cuando vio aparecer a William Esley, corriendo como un loco hacia el aparato, llevando un portafolios en una mano. Mala suerte: se había enterado. Corría como una bola de nieve, casi rodando… Soplaba un viento helado, casi fuerte, y el cielo estaba blanco y gris… Unos espaciados copos de nieve caían con aquella mansedumbre inimitable, como acariciando la tierra…

William Esley consiguió tomar el aparato y empezó a hablar, a hablar, a hablar… Una azafata apareció por un lado, en el pasillo.

—¿Señorita Montfort?

—Sí.

La azafata, sonriendo, le tendió una caja de celofán, que contenía una orquídea.

—Me han entregado esto para usted.

—Gracias…

Notaba un enorme nudo en la garganta, y aquella opresión en el pecho. Miró por la ventanilla, y, en efecto, Número Uno estaba allí, más alto que nadie, más fuerte que nadie, con los negros cabellos un tanto largos al viento, con su negro jersey, su grueso chaquetón de piel, las manos en los bolsillos, inmóvil, recio, viril…, solo. Con sus pensamientos, con su endurecido corazón. Siempre solo.

El avión se estaba moviendo. Número Uno fue quedando atrás, pero siempre agrandado en las pupilas de la espía, que notó un suave escozor en ellas.

Cuando el aparato estaba en el aire, cuando ya no podía ver a Número Uno, volvió la cabeza hacia William Esley, brillantes los ojos por aquellas dos lágrimas que tanto esfuerzo le estaba costando contener.

—¿Decía algo, Willie? —musitó.

—Decía que todo esto ha sido sensacional y un poco terrible. Me refiero a lo de la corona… Menos mal que a nosotros no nos han metido en el lío, ¿verdad?

—Sí… Menos mal.

FIN

Notas

[1] Por supuesto, Ausvania no existe. Una vez más, he recurrido a un país imaginario, esta vez situado en el centro de Europa. < <

[2] La primera aventura de Brigitte y Número Uno juntos se desarrolla en la novela titulada *Operación Estrellas*. Número Uno ha aparecido también en *El último tentáculo* y otras aventuras de la agente Baby. <<